

# universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 145 Agosto 2025 - Distribución gratuita

[www.universo centro.com.co](http://www.universo centro.com.co)



# LAS BANDAS PRESIDENCIALES

En América Latina el solio presidencial y el banquillo del acusado suelen confundirse, son casi sinónimos; la fabulosa metamorfosis del honor del trono a la antesala de la pena es cuestión de tiempo. No importan las ideologías ni las latitudes, en todas partes el poder cuece juicios a fuego lento. ¿Será eso una virtud democrática o un perversión? ¿Las condenas repetidas muestran una justicia sin pudores ante el poder? ¿Estamos llenos de venganzas penales? ¿Convertimos, tarde o temprano, los desacuerdos políticos en revanchas judiciales? ¿El abuso del cargo y la corrupción hacen indefectible la prisión? Es imposible una respuesta contundente a esas preguntas, pasa de todo un poco, con grados menores o mayores según países, momentos y presidentes.

Perú es un caso excepcional. La posesión del presidente es la primera diligencia del juicio. No es fácil contar los presidentes condenados o procesados en las últimas décadas. Tal vez se nos escapen algunos. Alan García, referente de una izquierda moderna en los ochenta, orador consagrado, presidente en dos ocasiones, se suicidó en abril de 2019 cuando la policía llegó a su casa para detenerlo por un caso de corrupción relacionado con la empresa Odebrecht y la construcción del metro de Lima. García dijo que iba llamar a su abogado, se encerró en su habitación y se disparó en la cabeza. Habían pasado trece años desde la firma del contrato cuestionado. Alberto Fujimori, quien sucedió a García luego de su primer mandato, terminó exilado, extraditado y condenado a más de veinticinco años de prisión por la ejecución de veinticinco personas en dos masacres cometidas a comienzos de los noventa. Luego de su condena, en 2009, el 59 por ciento de los peruanos pedían

su indulto según las encuestas. Dos referentes de la izquierda y la derecha que hoy están muertos con sus cargos a cuestas. Toledo, que pidió la extradición de Fujimori desde Chile, fue extraditado desde los Estados Unidos en 2023 y condenado a veinte años de cárcel por recibir un soborno de veinte millones de dólares por parte de Odebrecht. Son monotemáticos los peruanos. Y si quieren hablamos de Ollanta Humala condenado a quince años por recibir sobornos de Odebrecht y una plata del gobierno de Hugo Chávez para sus campañas. Al menos diversificó. Pedro Castillo, no militar como Ollanta sino profesor de primaria, está en pleno juicio acusado de rebelión, abuso de autoridad y tráfico de influencias. La fiscalía pide 34 años de prisión. Castillo se vio amenazado con la destitución y decidió blindarse con un autogolpe que lo tiene encerrado. Ha tenido veintiocho abogados y no encuentra la salida. Perú es un país extraño, ha conseguido la estabilidad sin necesidad de presidentes.

Brasil tiene una bonita historia. Luis Inacio Lula da Silva, el hombre más importante de la izquierda latinoamericana hoy en día, pasó 580 días en la cárcel luego de su primera presidencia y ahora disfruta de su segunda oportunidad sobre el Palacio do Planalto en Brasilia. De nuevo Odebrecht fue señalada de beneficiar al presidente con obras millonarias en sus propiedades. Los procesos contra Lula fueron declarados nulos luego de las condenas y se comprobó que el juez Sergio Moro, quien lo condenó, actuó de manera parcializada y no tenía competencia para juzgarlo. Moro fue ministro de Justicia de Jair Bolsonaro luego de mandar a Lula a la cárcel. Ahora Bolsonaro enfrenta un juicio por su intento de golpe de Estado contra Lula en su segundo mandato. La Sala Primera de la Corte Suprema es su juez natural

y podría recibir una condena de entre doce y cuarenta años. La opinión pública se divide en partes iguales en elecciones y vitores o rechiflas en los juicios.

La mitad de la opinión argentina aclama a Cristina Kirchner que acaba de ser condenada a seis años por administración fraudulenta en perjuicio del Estado. El fallo dice que entregó obras millonarias a un socio y testaferro. A sus 72 años está en prisión domiciliaria y el 45 por ciento de los argentinos condenan la condena. Ha dicho que estar presa significa dignidad y que todo se trata de un golpe blando. Carlos Menem, presidente de 1989 a 1999, murió sin condenas en firme luego de cuatro procesos por sobornos a funcionarios, venta de armas a Ecuador y Croacia sin autorizaciones, encubrimiento del atentado terrorista en la sede de AMIA (la Asociación Mutual Israelita Argentina) que dejó 82 muertos y peculado. En todos fue condenado en primera instancia pero solo pagó cinco meses de prisión domiciliaria en la finca de un amigo íntimo. La Corte Suprema quedó pendiente de la última instancia de dos de esas condenas. Alberto Fernández, quien le entregó el poder a Javier Milei, enfrenta hoy un juicio por violencia de género contra su exesposa y podría pagar hasta dieciocho años de cárcel si es condenado. Las barras agitan los juicios porque no solo de fútbol vive el pueblo.

En Ecuador las cosas han sido folclóricas en el caso de Abdalá Bucaram. Gobernó seis meses en un sainete que terminó con destitución por incapacidad mental. También el hígado estaba afectado. Fue acusado de porte ilegal de armas, pasó veinte años entre idas y regresos según el estado de los procesos y ahora enfrenta un juicio por un homicidio y la venta ilegal de pruebas para detectar el covid-19. Su hijo lo acompaña en el cargo de organización criminal.

Rafael Correa, uno de los íconos de la izquierda latinoamericana de este siglo, fue condenado a ocho años en 2020 por recibir coimas de Odebrecht y de algunas empresas ecuatorianas. Su vicepresidente Jorge Glas corrió la misma suerte en cuanto a años de condena, pero no vive en Europa sino en una cárcel de máxima seguridad. Correa, por su parte, vive asilado en Bélgica desde donde mueve la política de su país y asegura que volverá con la ayuda del tiempo y del pueblo.

Se nos acaba el espacio y no hemos hablado de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, presidente en dos ocasiones, condenado a dos años por entregar la plata del Ministerio de Relaciones Exteriores para apoyar la candidatura de Violeta Chamorro en Nicaragua y enjuiciado por otro cargo de corrupción mientras se encontraba de vacaciones en República Dominicana desde donde no volvió. En Panamá está Ricardo Martinelli condenado a diez años en 2024 y ahora asilado en Colombia y de fiesta en Cartagena. Y en El Salvador se exhibe la condena a diez años de Mauricio Funes, hombre fuerte del FMLN, grupo guerrillero que ganó el poder luego de la desmovilización, quien gobernó entre 2009 y 2014. Hoy vive exilado al lado de la joya de Daniel Ortega en Nicaragua. Su sucesor, Salvador Sánchez Cerén, está siendo juzgado y también vive en Nicaragua con la nacionalidad que le otorgó Ortega.

Colombia acaba de perder su invite de condena presidencial. No podría este país fanático de los juicios desmerecer en la historia del continente. El *realty* jurídico tenía que entregar un final cerrado después de tantas temporadas. Entre nosotros todo empezó y terminó en la cárcel. Somos ejemplo para los guionistas de estos teatros entre las columnas de los palacios y las barandas de los juzgados. ©

# Un traidor de siete suelas

por EUFRASIO GUZMÁN MESA • Ilustración de Emmanuel Villa

Cuando conocí a Eladio Aponte Aponte me pareció el hombre más valiente que hubiera visto jamás, no había conocido muchos a mis 14 años, pero sí sabía del peso de la traición leyendo a Salgari. Un pirata ya era una suerte de traidor de las reglas del mar y de las de la navegación e infringía toda norma sin rendir cuentas, ni siquiera a sus secuaces; amparado en la excelsa logia de los cacos sin jefe se refugiaba en un mundo secreto y solo obedecía a su propio capricho que no excluía la lealtad ocasional e interesada a algún compinche de turno.

Pero Sandokán era un héroe de papel que el romántico de Emilio Salgari había elevado con su fantasía al altar del héroe soñado por el titanismo de su propia mente y el de la mente infantil de

sus lectores, y Eladio era un joven que enfrentando la autoridad del rector del liceo, que quería expulsarlo por bochinchos continuados, se había encadenado casi desnudo a las puertas del Martín J. Sanabria. Asumió una huelga de hambre y reclamó su matrícula ordinaria. ¿Se puede decir que traicionó las reglas, la confianza y aprecio del rector y a su madre que velaba por su salud? No lo sé pero a mí me pareció que sus cadenas, su sudorosa figura autosometida y su negativa a alimentarse eran un acto encomiable; sonreí al ver las lágrimas de su madre que con una canasta de empanadas de cazón intentaba disuadirlo, rollizo ya estaba el moreno; celebré que el rector rompiera el conjuro dándole de nuevo la matrícula, pero no fui capaz de adivinar que los pequeños mítines que organicé para respaldarlo me costarían

después la renovación de mi matrícula para el tercer año de bachillerato; no me importó la exclusión, fui admitido en la pequeña logia del MIR escolar y aprendí rápidamente todo lo que podría saber sobre armas cortas, cocteles molotov, asonadas relámpago y lucha clandestina; eran juegos de niños que nunca pasaron de la ingenua planeación de retenciones de los vecinos adinerados, con quienes compartíamos deliciosas veladas de interminables conversaciones regadas de abundante cerveza, ron, jamones y quesos de España.

Le perdí la pista a Eladio al viajar a Brasil y no hice el recuento de la triple traición, al rector, al amor de su madre y a la amistad de nuestros vecinos de la Valencia próspera como parte de un pronuntario de rebeldía infantil. No pasábamos la clasificación de gañanes juveniles.

Años después lo supe ya abogado, graduado de la Universidad de Carabobo, y lo imaginé jurando ante todos dedicar su vida al respeto de la ley y el orden constitucional; me contaron luego que entró a las Fuerzas Armadas y juró de nuevo respetar las Armas, la democracia y las leyes; no imaginé que tuviera ya un secreto pacto con incipientes traidores mayores que habían jurado destruir el poder de los partidos burgueses que tenían assoladas las arcas de Venezuela. Acción Democrática, Copei y otras alimañas, organizadas para el saqueo, se habían convertido, como casi todos los partidos políticos en Latinoamérica, en eficientes máquinas de explotación de los dineros públicos.

Traidor que traiciona a traidor no sé si tiene, como el ladrón, mil años de perdón, pero Eladio traicionó además a esos traidores de traidores y me puse a contar traiciones y me quedaron cortos los dedos de las manos. Cuente usted, amable lector. Lo impactante de su caso fue que el traidor triunfante de una "Revolución Bonita" lo llevó a la presidencia de la Sala Penal del Tribunal Supremo de la Justicia venezolana y allí extendió su trayectoria de defraudador, ya de la majestad de la Sala, de la del TSJ, de la del Derecho, de la Constitución de su patria y metió a la cárcel a dedo a quien le ordenó el presidente del poder ejecutivo y excarceló a cuanto delincuente le ordenó su *capo di tutti capi* y se consagró, la alimaña que describo, traicionando a sus compinches de PSUD y de las FFAA y del Cartel de los Soles, a toditos, y a Hugo, pues huyó con las coimas que Walid Makled, dueño de puertos, rutas, aviones y toneladas de coca, les enviaba a todas esas fieras gordas y avaras que se siguen llamando revolución bolivariana.

De carne y hueso este pirata del siglo XXI, con su botín huyó y se refugió en las faldas del Imperio; su última traición fue a su hija, a sus familiares que dejó a merced del oprobio de la represión ciega, para poder disfrutar de su oro, de sus dólares, de su excelsa traición a todos, sin rendir cuentas a su conciencia, que traicionó desde la huelga de hambre juvenil, comiéndose las empanadas de cazón por la noche, cuando no lo veía nadie. Las fotos actuales lo muestran gordo, como tigre llanero cebado, sudoroso, seguro cavilando cómo traicionar a quienes lo amparan de una justicia ciega, muda, vena, castrense y castrada que gobierna ahora a Venezuela. Y para también graduarme, sin honores ni dinero, lo traiciono aquí, lo denuncio sin recompensa y me gano el cielo. ©

\*Este es un fragmento del libro *Mañongo* (Crealettras, 2025).

## DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDICIÓN

— Pascual Gaviria

## ASISTENCIA EDITORIAL

— Laura Almanza

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

## PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

## CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

## MONTAJE WEB

— Laura Almanza

## COMUNICACIONES

— Emmanuel Villa

Esta es una publicación de la Corporación Universo Centro

## Distribución gratuita

Número 145 Agosto 2025

Versión impresa - 10 000 ejemplares



universo  
centro

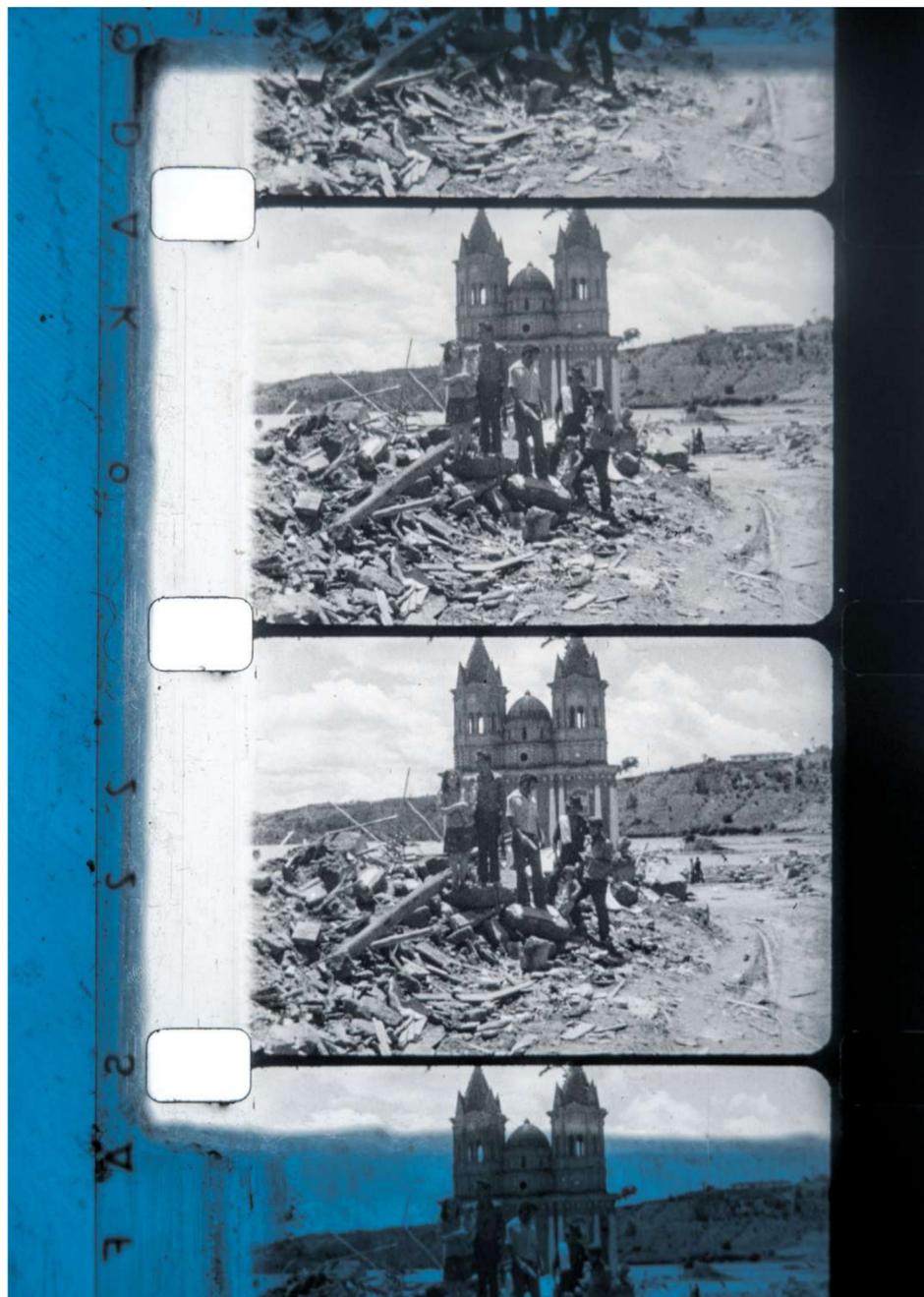
[universocentro.com.co](http://universocentro.com.co)

Puede enviar sus colaboraciones a:  
[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)



# EL PEÑOL, ESCENAS DE LA INUNDACIÓN DE UN PUEBLO

por ISABEL RESTREPO • Fotografías de Archivo familias Álvarez Sabogal y Aguirre López, Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional



Secuencia de El Peñol (1978). Una película inconclusa de Alberto Aguirre y Carlos Álvarez.

**A**l iniciar la década del sesenta los pobladores de El Peñol se enteraron por la prensa de que las Empresas Públicas de Medellín habían decidido poner en marcha el Plan Nare, un megaproyecto hidroeléctrico que implicaría la construcción de una gran represa que “hará desaparecer totalmente la actual población de El Peñol”. Las noticias que llegaban anunciaban que “por la próxima inundación de El Peñol serían damnificadas casi cincuenta mil personas”.

Con la misma urgencia con la que se anunciaba el traslado del pueblo, Enoch Roldán Restrepo, impulsó un proyecto cinematográfico, *El llanto de un pueblo*. El rodaje comenzó el 3 de abril de 1962 con una escena que simulaba el éxodo de los habitantes de El Peñol, en la que actores naturales de ese municipio y extras de Bello y Medellín recorrieron las calles del pueblo cargando santos, corotos, animales y niños, de manera muy ordenada y obediente, como en una procesión.

Durante toda la década del sesenta la comunidad luchó por incidir en la planificación del traslado y se organizaron sindicatos, enviaron telegramas al presidente y propusieron el sitio donde les convenía que fuera ubicado el nuevo pueblo. La movilización social, que contó con el acompañamiento de los sacerdotes de la parroquia, logró que en 1969 se firmara el Contrato Maestro, un acuerdo inusual para su época que reconocía el derecho de una comunidad a decidir sobre su destino y fijaba obligaciones concretas para una empresa estatal, comprometiendo a las Empresas Públicas a construir el nuevo casco urbano según la propuesta comunitaria.

Una vez firmado el Contrato Maestro, Empresas Públicas de Medellín encargó una película en 35 mm y a color a la empresa Cine T.V. Films, propiedad de Héctor Echeverry Correa. *La energía de un pueblo*. El narrador del documental afirma: “Aquí, hombres aferrados a su tierra por herencia y tradición entienden su contribución al progreso. El sacrificio de un pueblo es la energía de un pueblo. Desde ya, al ver las obras, estos colombianos se enorgullecen de su aporte”. Pero la experiencia de los peñolitas fue muy distinta. La década del setenta inició con titulares como “Se cerraron las compuertas del primer embalse”, “La represa afecta campesinos”, “Amenaza de paros”, “El Peñol acusa a EE.PP. de incumplir”, “Reina la agitación”. El incumplimiento parcial del Contrato Maestro marcó muchas de las tensiones de esa década

en la que los pobladores de El Peñol y los movimientos sociales de todo el Oriente antioqueño hicieron protestas y paros cívicos, mientras la parroquia y los líderes del municipio acusaron a las Empresas Públicas de violar derechos humanos y pidieron un tribunal de arbitramento.

Entre tanto, en 1974 un grupo de cinefilos de Medellín quisieron contar una historia distinta a la de la propaganda de Empresas Públicas. Con el patrocinio de Cine Colombia consiguieron rodar *Pueblo Piedra*, una película basada en un cuento de Luis Fernando Calderón, bajo la dirección de Henry Téllez. Luego de verla, Alberto Aguirre escribió: “Surge, ante el espectador, la tragedia de un pueblo destinado a morir, y de un pueblo que no son solo sus casas y su templo, su cementerio, su calles y sus tejados, sino también sus gentes. Porque son gentes hechas en ese pueblo, confundidas con su estructura material, adheridas a esos elementos concretos”.

Tal vez fue después de ver el corto *Pueblo Piedra*, cuando Alberto Aguirre empezó a visitar con frecuencia El Peñol en compañía de Aura López. Aguirre era abogado, corajudo defensor de las víctimas de la masacre de Santa Bárbara en 1963, periodista, editor, fotógrafo y cinefilo. En 1959 fundó el Cineclub de Medellín. También creó varias revistas culturales, entre ellas *Cuadro* y *Cine: una revista de arte*, que se convirtieron en plataformas clave para el pensamiento progresista y la discusión sobre arte, literatura y sociedad. Aura López era gestora cultural, librera, pedagoga, locutora y escritora, dejó una huella profunda en la formación de nuevas generaciones de lectores y lectoras. La Librería Aguirre, que fundó con Alberto, su compañero de vida, fue un espacio para el pensamiento libre, el encuentro entre artistas y activistas, y la resistencia cultural a la sociedad conservadora de la época.

Las visitas que Aura López hizo a El Peñol junto a Alberto Aguirre quedaron registradas en un diario personal que ella luego publicó bajo el título *El Peñol: Crónica de un despojo*. En este narra cómo ambos se sumergieron en la vida del pueblo entre 1975 y 1979, los años de mayor tensión entre Empresas Públicas y la parroquia y la comunidad. Fue el periodo en que, para acelerar el desalojo, se aplicó la llamada “política de las demoliciones”, una estrategia de presión que profundizó el conflicto y el sufrimiento de los habitantes.

(Julio 2 de 1976)

Nos cuentan acerca de un incidente protagonizado por el recién nombrado jefe de bienes, el abogado Álvaro Uribe Vélez. Se comenta que su misión específica es la de “mostrar resultados”, lo que se entiende entre la población como el hecho de aumentar el número de demoliciones, ya que esto haría más fácil el proceso de desocupación. Aprovechando la presencia de numerosas personas alrededor del kiosco y en el parque, y esgrimiendo diversos argumentos, el funcionario se exaltó, y subiéndose a una de las mesas lanzó una arenga justificando las demoliciones, el tema más dramático en el proceso de la inundación del pueblo. La gente se agolpó al pie de la mesa gritando consignas como “exigimos nuevo pueblo”, “abajo las demoliciones” y llegó un momento en el cual la situación comenzó a agravarse. Enterado del caso, uno de los sacerdotes, el padre Pacho, llegó al lugar tratando de calmar a los asistentes y al propio doctor Uribe, y con alguna dificultad lo condujo por entre el gentío, que siguió protestando hasta que el carro que lo esperaba desapareció.

En ninguna de las páginas del libro Aura López menciona la filmación de una película, pero lo que describe en los días 20 de mayo y 17 de junio de 1978 son escenas cinematográficas

idénticas a las que aparecen filmadas en un rollo de película 16 milímetros que ella misma conservó en sus archivos personales. Otro rollo, con los negativos originales de esas mismas imágenes que Aura guardó, se conserva en el archivo filmico de Carlos Álvarez titulado *Destrozos*. Ambos materiales hacen parte de una película inconclusa de Alberto Aguirre y Carlos Álvarez.

La relación entre Alberto Aguirre y el cineasta Carlos Álvarez se consolidó a principios de los años setenta, en un momento en que el Cineclub de Medellín comenzó a programar ciclos de cine político y de denuncia social. En esas funciones se proyectaron películas de Álvarez y de otros cineastas comprometidos de Colombia y América Latina. Paralelamente, la revista *Cuadro* publicó ensayos, manifiestos y reflexiones en torno al nuevo cine latinoamericano, entre ellos el influyente texto *El Tercer Cine Colombiano*, firmado por el propio Álvarez, que proponía un cine militante, hecho al margen de la industria, como herramienta de transformación social.

Documentalista, activista y crítico, Álvarez impulsó un cine comprometido con las luchas sociales, basado en una estética de lo real y una ética de denuncia. En 1973 fue arrestado junto a otros cineastas, entre ellos Jorge Morante, director del departamento de 16 mm del Cineclub de Medellín, acusados de producir y difundir “cine subversivo” y de tener vínculos con una red urbana del ELN. Tras enfrentar varios consejos de guerra, recuperó la libertad, pero la persecución estatal no logró silenciarlo. Por el contrario, continuó filmando, escribiendo y formando nuevas generaciones de realizadores en un contexto marcado por la censura y la represión.

En 1978, el Cineclub Ukamau de Medellín organizó una retrospectiva de cine latinoamericano y tuvo como invitado del mes a Carlos Álvarez. Ese mismo año, Álvarez viajaba con frecuencia a Medellín por encargo de Coldeportes para registrar los Juegos Centroamericanos y del Caribe. Aprovechó esa estadía para dictar talleres en Ukamau y, junto a Aguirre, filmar en El Peñol un

proyecto documental que buscaba narrar desde adentro la historia de un pueblo condenado a desaparecer bajo las aguas.

En 2023 Martha Restrepo Brand, cuidadora y amiga de Aura, llevó al Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional un conjunto de materiales que la familia de Aura le había confiado tiempo atrás. Allí, al proyectar un enigmático rollo de película en 16 mm, José Manuel Restrepo, quien venía colaborando conmigo en la organización del archivo personal de Carlos Álvarez, reconoció de inmediato las imágenes: se trataba del documental inconcluso sobre El Peñol que Álvarez nos había pedido ayudarle a localizar en 2018.

Martha entregó los materiales a María Clara Calle Aguirre, nieta de Alberto Aguirre, y juntas iniciamos una serie de proyectos orientados a preservar y reactivar esa memoria filmica. Paralelamente, con Daniel Parada localizamos en Bogotá los materiales que Carlos Álvarez había conservado —el negativo original de cámara y una cinta de sonido— que se encontraban perdidos dentro de su propio archivo personal. Luego pude digitalizar los materiales filmicos en el Laboratorio de Preservación Audiovisual de la Udelar en Uruguay. Ese trabajo técnico, en el que las imágenes emergieron fotograma a fotograma como desde el fondo de la represa después de décadas, ha sido profundamente significativo.

En la película, vemos en movimiento varias situaciones que Aura narra en su libro y en uno de los planos la misma escena de una famosa fotografía tomada por Juan Fernando Mesa Villa, uno de los líderes que acompañó a la comunidad de El Peñol en el Contrato Maestro. También se ven en la película algunas escenas que fueron fotografiadas por Alberto con su cámara fija, entre ellas la portada de la segunda edición de *Crónica de un despojo*. El mismo Juan Fernando nos confirmó que acompañó a Carlos y Alberto en los días del rodaje, cuando le mostramos la película y vio por primera vez las imágenes filmadas.

Al mismo laboratorio donde Martha llegó con el misterioso rollo de película que había conservado Aura, también llegó Simone Cardona, peñolita estudiante de artes visuales que estaba trabajando en un documental sobre sus abuelos, Capulina y Alba, quería saber si en los archivos de la universidad existían imágenes del viejo Peñol o registros audiovisuales de la inundación del pueblo. La citamos para mostrarle las imágenes recién digitalizadas, y ella llegó con un par de fotografías que Alberto Aguirre había tomado a sus abuelos en el pueblo viejo, así como con una copia del libro *El Peñol: crónica de un despojo*, dedicado por Aura a Capulina. Varias páginas estaban subrayadas, entre ellas un fragmento donde Aura relata con detalle el instante en que Alberto retrató a la familia en medio de los escombros, en uno de sus últimos recorridos por el pueblo ya semisumergido:

(Junio 17 de 1978)

Abajo, solitario, el frontis de la iglesia en medio del agua ya mucho más alta. En pie las mismas casas que aún permanecen, y la calle de La Chirria a donde no ha llegado todavía el agua. Descendemos un poco y nos detenemos de nuevo. Dos niñas sentadas sobre la grama, mirando hacia el agua, conversan en voz baja. Bajamos hasta la plaza inundada. De la casa de dos pisos, a la vuelta de la de Samuel, salen un hombre y una mujer con un niño de pocos meses. Los retratamos entre los escombros, sonríen y entablamos una breve conversación. Les mostramos las fotos que traemos para Samuel, se acerca el cuñado que también aparece en una de ellas y todos



Familia Hernández.



Alberto Aguirre y Aurita López.

parecen admirados, sorprendidos y hacen comentarios alegres en medio de esta soledad. A los gritos llaman a Samuel y lo vemos venir desde su casa, allá al final de lo que era la parimentada (en El Peñol nadie ha dicho nunca pavimentada). Samuel tiene su mismo aire de dureza mezclada con cierta ternura que parece derivar del regalo de estas fotos; hacemos chistes entre todos a medida que las observamos y nos vamos en grupo hacia lo que era la plaza.

Con las fotografías en las manos, Simone vio la película silente mientras se escuchaba uno de los casetes con entrevistas a antiguos habitantes de El Peñol. Al reconocer la voz de su abuelo contándole a Alberto sus penurias y su particular forma de resistir, no pudo contener el llanto. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando, hacia el final del metraje, aparecieron las imágenes en movimiento de sus abuelos: el mismo momento que las fotos habían detenido en el tiempo, había sido también registrado en imágenes en movimiento. Esa escena, que hasta entonces existía solo en papel y en la memoria familiar, cobraba vida en la pantalla.

El 24 de junio de 1978 el periódico local publicó el último aviso de evacuación y anunció que ese día comenzó la inundación del pueblo. Incumpliendo el Contrato Maestro y como estrategia para presionar el desalojo, vengarse de los curas y rematar con broche de plomo, las Empresas Públicas habían dinamitado tres días antes el frontis de la iglesia.

(Junio 24 de 1978)

Todavía quedaban en el pueblo doce familias, entre ellas la de Javier, conocido en el pueblo como Capulina, a quien retratamos con la señora y el niño (...) A la casa de Capulina ya le llegó el agua y está desocupada, pero se han acomodado en el segundo piso de la de Noé Hernández, la casa donde conocimos a Samuel. La señora nos invita a subir por una escalera destartada, destapada, que da a un patio lleno de escombros y trozos de muro. Arriba, un pequeño corredor con la baranda medio derruida. En el piso hay un territo de lata con una mata que tiene una florecita blanca, insólita ahí, en medio de todo aquello. La señora dice que es una conchita, pequeña, tímida, último vestigio de aquellas maravillosas flores de los patios del Peñol. Capulina está acostado en el piso, sobre un colchón y una sábana a manera de toldo. Dice que no puede moverse debido a los golpes que le propinó la policía el jueves, en Pueblo Nuevo, cuando estando en un café, con algunos amigos, llegó un funcionario de Empresas a quien le reclamó por su caso, todavía sin resolver. Hubo insultos y desafíos, mucho de licor, y la actuación excesiva de los agentes. (...) Lo cierto de este caso es que Capulina ya tiene promesa de Empresas para entregarle una casa del Crédito Territorial; pero ese día, medio borracho y con rabia, no supo contenerse pues considera que el funcionario lo ha tratado siempre con mucha dureza y que cuando le ha reclamado algo, le contesta: "Yo estoy seco, yo no tengo problema".

La conversación nos lleva al tema del frontis dinamitado, y Capulina cuenta que dos días antes habían colocado ocho tacos, pero que tres de ellos "se les vaniaron" y los otros cinco "no le hicieron ni cosquillas", pero que en el segundo intento sintieron el cimbronazo en la casa y él y la esposa salieron asustados con el niño. Capulina dice que cómo se hubieran visto de hermosas esas torres en medio del agua, como recuerdo del viejo pueblo, y agrega con tono irónico: "Pero el señor gerente de Empresas quiso darse ínfulas y sentirse todo un gran señor, para que digan que él es capaz de mandar y de acabar con todo". (...) Nos cuentan que al momento de la explosión estaban allí gentes de Empresas, el alcalde, la juez, el cabo de la policía y los



Fotogramas de El Peñol (1978). Una película inconclusa de Alberto Aguirre y Carlos Álvarez.

pocos vivientes que quedan aquí, y gente del alto de la escuela de la Alianza, viendo. "Había policía por la Alianza, por El Salvador, y no dejaban entrar a nadie. Lo único que oímos que hablaban los que estaban aquí, fue 'Listo', y le metieron candela. Había diez agentes de policía y la señora y las cuñadas del cabo, mucha gente dizque de la jai de ellos. Después de tumbar se fueron riéndose y hablando de aquí para arriba. Por ahí dijeron que el cabo dizque traía una máquina para retratar eso y que se le dañó y no le disparó. Cuando el frontis cayó, se levantó el humo, y el agua también, el agua llegó hasta aquí, hasta donde estamos, y los pedazos de adobe cayeron aquí sobre el techo. Esto se estremeció muy feo". (...) Capulina, su esposa y su cuñado fueron los únicos testigos dolidos —los dolientes dice el pueblo— que pudieron estar ahí, en el lugar mismo de la explosión. Sus circunstancias personales de abandono y soledad hicieron posible, sin embargo,

que el último pedazo del Peñol no cayera sólo ante la indiferencia o la charlatanería de los invitados oficiales. Solitarios y desamparados, ellos tres estuvieron ahí, sin pensarlo quizá, en nombre de la comunidad agraviada.

Tras el traslado definitivo en 1978, la comunidad de El Peñol volcó su energía en reconstruir el tejido social desde el nuevo asentamiento. Se reactivaron las juntas de acción comunal, surgieron colectivos culturales, se reinventaron fiestas populares y se mantuvo viva la memoria del pueblo viejo. La participación ciudadana fue el motor de la reorganización y una forma concreta de resistencia y de afirmación colectiva frente al desarraigo. En los años siguientes, los movimientos cívicos del Oriente antioqueño se intensificaron y las comunidades afectadas por los megaproyectos hidroeléctricos protestaron contra las elevadas tarifas de energía cobradas por las Empresas

Públicas y continuaron reclamando condiciones dignas para vivir en los territorios que todavía alimentan el desarrollo energético del país.

Con fragmentos del libro de Aura López, la voz de Capulina grabada por Alberto Aguirre, fotografías, escenas de la película, objetos personales del abuelo y el testimonio oral de la abuela, Simone Cardona reconstruyó en su cortometraje *El recuerdo de los últimos*, la historia de la última familia que abandonó el viejo Peñol. Como contrapunto a los relatos centrados en los líderes más visibles del movimiento y en los logros alcanzados, los fragmentos audiovisuales apropiados abren espacio para reconocer el dolor y lo que destruyó la represa, para recuperar las memorias íntimas y domésticas de quienes resistieron hasta el final el desalojo, para defender la vida, cuidar el agua y luchar para que la dignidad no se hunda. ©

JARDÍN  
BOTÁNICO  
MEDELLÍN

# Bazar de la Confianza

Tiempo para detenerse  
2025

DOMINGO  
17 DE AGOSTO  
DESDE LAS 9 AM



Si eres asociado o ahorrador  
puedes **descargar tu boleta**  
e invitar hasta 4 acompañantes.  
[bazardeconfianza.com](http://bazardeconfianza.com)

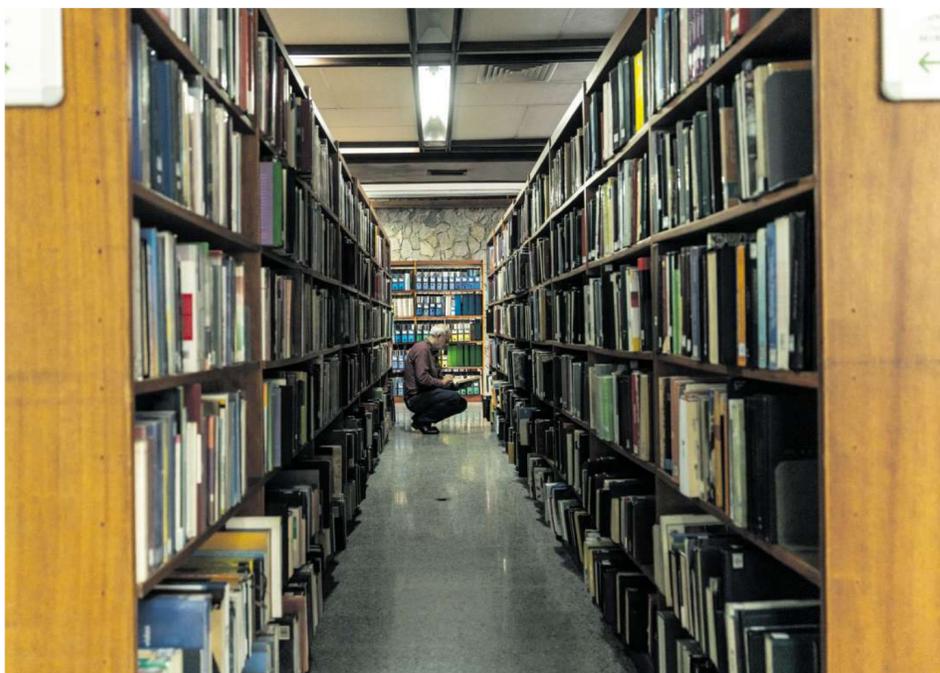


confiar  
coop

Tal vez las bibliotecas de hoy sean como las catedrales invocadas por Proust, donde ya no habría ritos, donde todo sería un remedo de solemnidad, un teatro con ecos y sin espiritualidad. Pero hay energía para cargar los celulares y silencio para el sueño. Homenaje a la biblioteca de la U de A en sus noventa años.

# ARAÑA PACIENTE Y SILENCIOSA

por JUAN CARLOS ORREGO • Fotografías de Juan Fernando Ospina



Las bibliotecas están sobreloradas. Tratarlas como si fueran templos es un lugar común tedioso y santurrón, y lo mismo cabe decir de la miopía que ve arcos de sabiduría en todos los libros. Los bibliotecarios, en realidad, son agentes de una relativización odiosa que pone a Cervantes al lado de Mario Mendoza, y puede decirse que muchos funcionarios de las bibliotecas caben en el estereotipo del vigilante que se solaza regañando ciudadanos, paladines de las políticas moralistas propias de las casas de préstamo de libros, no pocas veces rayanas en el absurdo (piénsese, si no, en la consigna neurótica que pide un silencio monástico como condición necesaria de la lectura, consigna del todo ajena al hecho de que ningún lector sensible de *Don Quijote* podría sofrenar las carcajadas al encarar sus páginas). Por otro lado, solo puede ser abominable —nunca grato— un lugar en el que se juntan tantos libros ajenos. Toda esta confusión debe mucho a grandes escritores que, como Borges, alguna vez compararon la biblioteca con el paraíso.

Mi relación con la biblioteca de la Universidad de Antioquia —La Biblioteca por antonomasia en mi vida de lector— no ha estado, por intensa, a salvo de sinsabores. Siempre he sentido encono frente a ciertos capítulos de su

conformación orgánica y su logística. Me refiero, sobre todo, a adesios como la “colección Antioquia”, expresión de un chovinismo enquistado cuyos principales resultados son, apenas, santificar libros banales y restringir la circulación de volúmenes útiles; y como la “colección semiactiva”, calabozo en el que se esconden los libros menos leídos, acaso con el propósito de lograr su olvido total. En cuanto al descarte de libros y revistas —una práctica arbitraria y con tufillo a corrupción—, apenas diré que, por obra de su magia negra, perdí para siempre la oportunidad de saborear las páginas del mejor libro en portugués que han visto mis ojos: *A literatura no Brasil*, de Afrânio Coutinho. No sé a quién se lo obsequiaron o a qué pira lo condenaron. Y, en fin, también he tenido mis desaguisados con los funcionarios: como todo graduando que se respete, en su momento reñí con la encargada de expedir el paz y salvo de las tesis, y admito que, siendo estudiante, suscribí la leyenda de que uno de los referencistas era un investigador del F2 infiltrado. Ya puesto en la actitud de *mea culpa*, confieso que robé cuatro libros durante mi primer año de universitario (todos devueltos veintitantos años después, que quede claro).

Mi inconformidad no termina. El edificio de la biblioteca —el bloque 8— me produce una idea de disarmonía. En medio de los bloques de ladrillo anaranjado, separados por árboles, que conforman la viñeta más entrañable del campus, aquella mole de piedra gris y con gordas patas de concreto da la idea de una araña planetaria extraviada. Una nave nodriza desahuciada. Para colmo, el nombre no le ayuda: por muchos años llevó el muy anodino de Biblioteca Central, y desde 2015 el de Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, esto es, el nombre de quien, pese a su gran talla intelectual, no fue un escritor reconocido, como no es famoso ninguno de sus libros. Lo más parecido a eso, en la colección universitaria, es una versión preliminar de la Constitución Política de 1991, tachada y anotada por el abogado y profesor, candidato presidencial en 2006. La institución, bien se ve, cobró factura a los estudiantes Tomás Carrasquilla y Gonzalo Arango por no alcanzar el título profesional y abandonar las aulas para dedicarse a la literatura. La buena nominación, para qué negarlo, no es una habilidad distintiva de la universidad: en la misma biblioteca, el nombre de Luis López de Mesa —un sujeto diabólicamente racista— fue puesto a la sala en la que hoy reposan los libros de humanidades y donde, por décadas, estuvo la colección literaria; y hace poco, el precioso campus fue bautizado con un nombre que apenas trae resonancias administrativas y olor a anestesia hospitalaria: Ignacio Vélez Escobar. Sin duda, hubiera resultado más sugestivo apelar a la memoria del abogado y mitógrafo, por añadidura mártir, Luis Fernando Vélez Vélez, cuya serena cara de bronce mira al bloque 8 —precisamente— desde un rincón sombreado de la plazoleta central. En el caso particular de la biblioteca, cabe decir que, aunque poco original, hubiera sido más justo pensar en el nombre de Alfonso Mora Naranjo, quien fue, en 1935, el gestor que la organizó como dependencia académica moderna, de manera que no fuera, nunca más, un mero depósito de libros. Y también fue él quien, durante la versión provinciana de la asonada del 9 de abril de 1948, se paró en la puerta del recinto para evitar que los alzados le prendieran fuego.

Es necesario decir, en todo caso, que mis quejas neuróticas no pueden tapan el honorable purgatorio que hay detrás. La araña galáctica no se posó en aquel terreno del barrio El Chagualo por casualidad. Más allá de la materialidad grotesca del edificio, su existencia en abstracto representa el triunfo de un empeño de más de dos siglos por conformar una colección de libros al servicio de la educación pública. Desde tiempos remotos, cuando toda la biblioteca era un cuarto del claustro franciscano con volúmenes que solo podían leer los profesores, hasta hoy —cuando se cuentan 750 mil volúmenes y 18 sedes—, ha pasado algo más abigarrado que el monótono río de Heráclito. La biblioteca de la Universidad de Antioquia fue destruida dos veces por las guerras civiles del siglo XIX, y algo parecido quiso hacer con ella la incuria del siglo XX. En 1928 se relegó la colección a un cuarto oscuro, estrecho y húmedo del primer piso del edificio histórico de San Ignacio; en 1948, cuando la biblioteca funcionaba en Ayacucho con Cervantes, la mordió la amenaza piromaniaca ya referida; y en 1983 y 1990, en el actual campus, fueron activados sendos explosivos en las mismas entrañas del monstruo planetario. La segunda bomba destruyó el centro de cómputo de la universidad, una pérdida inculcable de la memoria digital institucional, que, traducida en dinero, el rector de la época tasó en seiscientos millones de pesos. Así lo registró *El Colombiano*, el 28 de septiembre de 1990: “A las 10 de la mañana dos hombres armados tomaron como rehén a un empleado del centro de sistematización y lo obligaron a que los llevara hasta el mando central del computador situado en el sótano de la biblioteca de la Universidad. Una vez en el interior, los terroristas sacaron a los demás empleados y colocaron la carga explosiva en la memoria del computador. Dos minutos después, el artefacto explotó”. Frente al reto de sortear este y otros eventos trágicos, poco significan los deslices de los funcionarios, los libros desaparecidos y la inercia moralista. La biblioteca, más allá de su nombre formal, ha sabido vencer la historia; como la evocada por Whitman, ha conseguido ser “araña paciente y silenciosa”.

La primera vez que me topé con el engendro de veintiocho patas fue a fines de 1989, un día en el que fui a entregar los papeles de inscripción en el examen de admisión de mis hermanos mayores. Por entonces, no llegué a sospechar qué podía albergar ese fortín rocoso, y apenas vine a enterarme al cabo de dos años, cuando, al hacer mis propias diligencias, supe por boca de Mono —el hermano que había pasado a Física— que se trataba de “La Biblioteca”. Aparte de los salones de clase y de la sombra de mis compañeras del primer semestre de Antropología —a las que yo perseguía como un perro hambriento, egresado de colegio masculino—, el lugar que más frecuenté durante mi primer año universitario fue el bloque 8. Recuerdo, con particularidad, las visitas a deshoras que hacía con Juan David Salamanca, un compañero de Sanabeta a quien le correspondió romper mi virginidad con los alucinógenos y, sobre todo, mi

casi virginidad de lector, yo, que no había ido mucho más allá de las páginas rosáceas de Mario Benedetti. Gracias a Salamanca leí a Álvaro Mutis, a Italo Calvino y a Víctor Hugo; juntos descubrimos a Gesualdo Bufalino y a Milorad Pavić, y yo le impuse a él mis mejores descubrimientos, Adolfo Bioy Casares y Giorgio Bassani. Sin embargo, ahora, más de treinta años después, cuando rememoro esas jornadas de azaroso deambular por entre los estantes de la literatura, la primera asociación que me viene a la cabeza son las piezas teatrales, empastadas en negro, de Antonio Buero Vallejo, obras que nunca leímos pero que —vaya a saberse por qué— invariabilmente hojeábamos cuando la embriaguez cannábica nos empujaba a la biblioteca. Esa es la razón por la cual, para mí, el nombre del dramaturgo español es el que mejor le calzaría a aquel edificio libresco. A las bibliotecas, pese a la parafernalia institucional, las redimen las historias individuales.

Cuando, después de titulado, volví para ser profesor, pude conocer las cavidades hasta entonces insospechadas del cuerpo arácnido. Obligado a investigar —yo quisiera, simplemente, pasarme la vida leyendo novelas—, opté por escudriñar los apollinados volúmenes de la literatura indianista, así como los folios de su peregrina crítica. Entonces supe de las reliquias documentales de la “colección patrimonial”, y si no consulté el libro más antiguo del acervo universitario —el *Codicis Sacratissimi Imperat Lusitaniae*, compilado por Dionysii Gothofredi en 1612—, sí respiré el papel mohoso de las cinco novelas de tema indígena que el boyacense Felipe Pérez escribió entre 1856 y 1875, además de otros libros del siglo de la Independencia. Y caminé por entre las infinitas cajas de la colección de prensa local y nacional, y subí al mítico quinto piso, en el que, de carambola, conocí el archivo con los viejos reportes de nómina de mis profesores —cuando todavía no lo eran, imberbes todos ellos—, así como las actas clasificadas de candidosísimos consejos de facultad. En una de ellas se leía: “La profesora M\*\*\* informa que el miércoles 18 de marzo, cuando cumplía la entrega de tarjetas durante el proceso de asesorías, recibí quejas de algunos estudiantes y de la Vicedecana de otra Facultad, por el olor a licor que se percibía en el profesor H\*\*\*”. Pero ese chisme es lo de menos: gracia entre las gracias, mi fuero de investigador me permitió, alguna vez, usar el ascensor antediluviano reservado para los directores, rectores y pontífices de visita en la ciudad. Lo resguardan siete puertas.

Es obvio que el conocimiento paulatino de los entresijos de la biblioteca implicó un cara a cara justo y sereno con su personal, y que no tuvo que pasar mucho tiempo para que yo entendiera que allí no había —y que, con alta probabilidad, nunca hubo— agentes policiales de incógnito. Con más buenas que malas pulgas, los que allí trabajaban era gente dispuesta a ayudarme, o por lo menos así ocurrió desde que me hice profesor, puesto que, deponiendo todo romanticismo, hay que aclarar que cuando se es testista siempre se está bajo sospecha. No tiene mucho sentido mencionar —ni se tiene la posibilidad de ser justo al hacerlo— los nombres de los cien funcionarios que en los últimos veinticinco años buscaron un libro para mí, o que, a contrapelo de las reglas, me permitieron fotocopiarlo o llevarlo a casa un par de días, incluso semanas; o que me recomendaron, precisos como la sibila de Cumas, el título adecuado para la necesidad del momento. A modo de ilustración, bastará con apelar a mi relación con una sola persona: Luis Germán Sierra, de quien, en los noventa, apenas sabía que era un hombre de cejas gruesas y pocas carnes, adusto comentarista de libros y editor de *Leer y Releer*, un folleto exquisito para ratones de biblioteca que, solo por casualidad, los estudiantes lográbamos obtener. Andando el tiempo, pude conocer a Luis Germán y trabajar con él en varios frentes de la vida universitaria, además de que supimos coincidir en muchas tertulias de amigos comunes. Entonces pude tener plena certeza de lo que cabía en la cabeza y en el corazón de un empleado de biblioteca, y, particularmente, del que cumplía con las severas tareas de la extensión cultural. Lo mejor de todo era que, a pesar de tener inteligencia cervantina, él no dejaba de ser un humano común y corriente: discutía por un uso gramatical inofensivo, admitía o escupía burlas contra escritores consagrados, reñía por culpa de su mal gusto futbolístico. Como la ballena al humanísimo Job, la araña había tragado a Luis Germán (y jamás debió vomitarlo).

En mi última visita a la biblioteca vi muchos estudiantes dormidos en los cómodos sillones de la sala Luis López de Mesa, cuyo nombre —justo o no— ya no preocupa a nadie. No vi ningún libro caído sobre el regazo o entre las piernas de los soñadores, y en las mesas solo había gente concentrada en las pantallas de sus teléfonos, *tablets* y computadores portátiles. Por los corredores que separan los estantes apenas rodaba, casi inaudible de tan gastado, el eco de las antiguas carcajadas de Salamanca y yo. Los libros, amontonados e intocados en los largos entrepaños, parecían los utensilios de un culto sin oficiantes, antes que los recursos ordinarios de la vida estudiantil. Pensé, también, en la galería de osarios de una cripta, y, como un viejo patético nacido en otro siglo, llegué a la trujina conclusión de que las bibliotecas están subvaloradas. Larga vida a la Biblioteca Antonio Buero Vallejo. ☺



# LUNES DE TRACTOMULAS Y HAMPONES



por MARIO MACHERI • Ilustración de Cachorro

Luego de un fin de semana con los aguaceros, la serena embriaguez, la charla y la risa, el encuentro amargo con un rostro conocido, la cremación de un ser aparentemente entrañable, la tristeza en las lágrimas del amigo —su hermano— y de dormir con mi querida, decido volver a casa.

Son las tres de la tarde. El día hermoso, tibio, bajo el sol adormilado. Un lunes de nubes dispersas, suspendidas, ociosas. Camino unos minutos y me cruzo con una multitud curiosa que se amotina expectante al borde de la Avenida Guayabal, a la altura del Parque de las Chimeneas. La calle cerrada por cintas amarillas que acordonan un cuerpo retorcido en el pavimento, cubierto con un pedazo de tela azul hospitalaria. Unos metros más adelante descansa una tractomula estacionada a sus anchas.

La mujer anonadada, el voyeur que graba la escena, la emoción del testigo. La duda de si fue suicidio recorre entre cuchicheos. Matarse resulta cosa extraña, un espectáculo. “¿Qué pasaría en su vida para querer morir así?” se pregunta la vendedora ambulante. Y me lo pregunto, compungido. No es

Gonzaloarango para luego volverse a recoger su despojo.

Ante la conmoción huyo cabizbajo. Emprendo ruta ensimismado en el paisaje del asfalto. La muerte es cotidiana, mordisquea la sombra, y junto a ella la colérica indiferencia de quien se queda por llegar tarde al trabajo o a la casa, o a un beso. Un rictus de enojo. Mucho más si es por alguien que resolvió quitarse la vida. Justo dos días antes, con el amor, hablaba sobre el método del suicida y la preferencia personal llegado el caso. Ni ahogado ni quemado. Alguna vez la imagen fugitiva de ayudarse del metro, pero a ninguno se le ocurrió la idea de disponer de las llantas traseras de un tráiler.

Sus huesos delgados y su piel rugosa daban muestras de que la vida había pasado por allí, de que su idea la estuvo elucubrando durante lustros mientras era curtido por el mismo sol que ahora doraba sus puños extendidos. La vejez no afirma las ganas de vivir. A veces es simple instinto. Y el suicidio, la única elección auténtica tomada en la existencia vacía de sentido.

Un escalofrío recorre mi nuca tras esta idea y la angustia se concentra en la boca de mi estómago mientras por mi

cabaza pasa la imagen reiteradas veces. “El mundo da asco”, me digo.

Absorto me dirijo al Parque del Artista, embotado, queriendo tomar un respiro al darme cuenta de mi larga caminata. Al momento que estoy por sentarme, un conciudadano me aborda, con aire simpático —como amigo de toda la vida— sacándome de mi meditación. Sin darme cuenta ya he respondido a las preguntas de quién soy, de dónde vengo, a dónde voy, a qué me dedico. Que me parezco mucho a quien buscan, decía, por llevar gafas y cabello largo, mientras bromea con sus entradas ocultas bajo la gorra. Me dice que tranquilo, que trabaja para los que cuidan la vuelta, que dónde estudio y qué celular manejo, que si cargo computador de alta gama y que si tengo tres cuentas bancarias pero que no le muestre, que si mamá que si papá. Que al que buscan se llama Juan Carlos y es un hacker que obtuvo información delicada y le van a dar diez millones por él. Que en mi cara se nota que no tengo un peso pero pregunta por mi saldo. Yo me río, turbado, por reflejo nervioso.

Me hace todo un perfil en un mensaje de texto. Sonríe mientras habla con su jefe por celular: “¿Cómo lo he

tratado? ¿Todo bien?, dígame”, me indica mientras me estira el celular: muy amable, digo a través de la bocina. Me pide que lo acompañe hasta el puente para que me vean y así dejarme tranquilo, que lo disculpe por quitarme el tiempo. Accedo y le pregunto su nombre. Me dice que se llama Felipe pero le dicen el Flaco, que vende baretas por si en cualquier momento tengo antojo. Ante su formalidad le digo que no, que solo quería sentarme a procesar la imagen del cadáver expuesto. Me ignora. Habla ya con su hija y le dice que está trabajando, que más tarde se ven en la casa. Llegados al semáforo otro sujeto sale a nuestro encuentro, más bajo que yo, silencioso. No se presenta. Es su supuesto socio, devoto a Dios por su cruz tatuada en el cuello. El Flaco dice que pasemos la calle, cruzamos y me quedo esperándolo con su colega, tiene que ir a hablar con su jefe y corroborar la información. Que confíe. Que si fueran guerrilleros ya me hubieran montado a una camioneta. Que si tengo algo que esconder. Ya no amigable sino airado.

Ahora estoy solo con el que reza —y peca y empata—, en su mudez empiezo a preguntarle, ansioso, para hacer mis propias validaciones de la historia montada por Felipe. “¿A quién es al que buscan?”, pregunto. “¿Él no le dijo?”, pregunta de vuelta. Hermético, titubea ante las preguntas. Lo llama su socio indicándole que debemos ir para revisar directamente conmigo la información. Orden del jefe. Ya crispado por el miedo y la rabia, la taquicardia y el temblor en manos y piernas, por la idiotéz a la que había llegado, le digo que no, que esa ya me la habían hecho y peor, que llame a quien tenga que llamar pero que no me iba a quedar ahí parado. Y me fui como quien dice “muy bravito”.

Después de asegurarme de no estar siendo perseguido por nadie y por fin llegar al concurrido Parque Obrero, calmo mis nervios con el bálsamo de una cerveza y tres cigarrillos, y pienso: “No solo la muerte es cotidiana, también lo es el hampa”. Me reprocho por haber confiado en el Flaco, por haberle brindado la mano. Al mismo tiempo se me revelan todas las verdades olvidadas y por tanto olvidadas: también al pillito le espera su hija en casa y también los viejos después de viejos se suicidan bajo tractomulas.

Vagar la ciudad subsume a la vida en su propia bilis de tráfico, transeúntes azarosos, hollín y polvo, afán, puñal y embuste, morbo por el sufrimiento ajeno y provecho sobre el bondadoso. Desilusión, apatía, cinismo. ¿Cómo vivir con ternura rodeado por navajas? En el transcurrir de tres horas, esta pila de concreto me brindó el gesto que la define: miseria. Y para mis adentros me repito: “El mundo da asco”, así, al único de esta certeza, preste la candela al extraño que la pide, y sonrío porque hayan sembrado un carbonero al costado de la acera. ©

## LA TRINIDAD DEL CINE CHAPUCERO

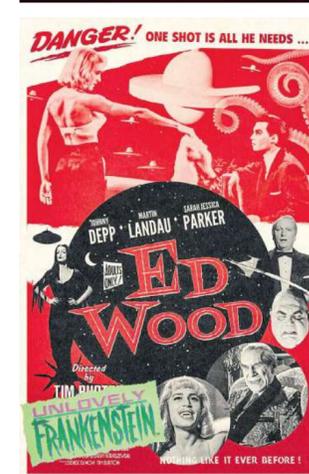
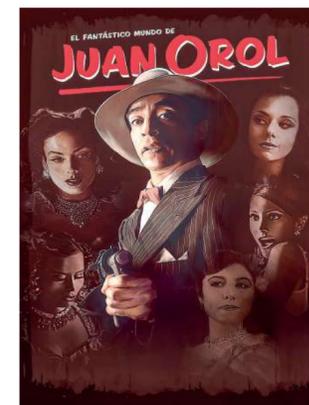
por OSWALDO OSORIO

precursor del cine de horror y del uso de efectos especiales en el país.

No obstante, estos efectos distan mucho de ser profesionales, porque la mayoría son el resultado de su propia inventiva y de la falta de recursos; además, su cine está definido también por limitaciones en la solidez y hasta en la coherencia de sus historias, por diálogos sin naturalidad y hechos de lugares comunes, que son pronunciados por actores que evidencian su talante aficionado (incluyendo al mismo Pinilla) y en algunas ocasiones con un artificial doblaje al inglés con subtítulos en español. Adicionalmente, están los obstáculos para tener un real efecto en el espectador y una concepción del relato que muchas veces confunde el horror con el thriller, o porque aplica de manera artificial o tramposa los recursos del género.

Se trata de tres cineastas rebuscadores, autodidactas y apasionados, para quienes esa pasión no necesariamente implicaba talento. Lo paradójico es que ahora son directores de culto, lo que significa que se les reconoce su trabajo, se les dedican retrospectivas y se mantiene viva su obra entre las nuevas generaciones.

El problema es que esto ocurre por las razones equivocadas, pues muchas de sus películas son vistas como remeños de cine o excéntricas curiosidades, y se proyectan ante un público más fascinado por su grado de torpeza que por su objetivo original y, por tal razón, son miradas casi siempre con la predisposición a la burla y la carcajada. Tal vez no sea justo con ellos y tampoco con el buen cine, porque este tipo de cinefília resulta siendo esnobista. Aunque spongo que la riqueza del cine, y del arte en general, radica también en paradojas como esta. ©



Nunca juzgues una obra de arte por sus defectos, decía Washington Allston. ¿Pero qué pasa cuando los defectos son demasiados y, además, en todas las películas de un mismo director? Eso tienen en común las filmografías de Juan Orol, Ed Wood y Jairo Pinilla. El uno en México, el otro en Hollywood y el último en Colombia desarrollaron una carrera cinematográfica denostada por consenso por su precariedad artística y el descuido en su factura. Con dispar éxito en su momento entre uno y otro, los une una fortuna adversa al final de sus vidas, así como un tardío reconocimiento como autores de culto, y su ímpetu y energía para escribir, producir, dirigir, editar y hasta actuar en sus películas, igual que Orson Welles o Charles Chaplin.

Juan Orol (1897-1988) fue el más prolífico de los tres y el de mayor éxito. Con cuarenta títulos en su haber, este español de nacimiento realizó toda su obra en México, no sin antes pasar por una serie de diversos e insólitos trabajos: fue boxeador, jugador de béisbol, mecánico, piloto de carreras, periodista, torero y hasta policía. Inició su carrera a mediados de los años treinta y no paró de hacer películas —a veces dos anuales— hasta finales de los sesenta. Se le considera el padre espiritual del cine de rumberas, un género cinematográfico autóctono de México y muy popular, definido por la rara y heterogénea combinación entre cine negro, musical, cine social y voluptuosas divas de la vida nocturna que bailaban ritmos afroantillanos.

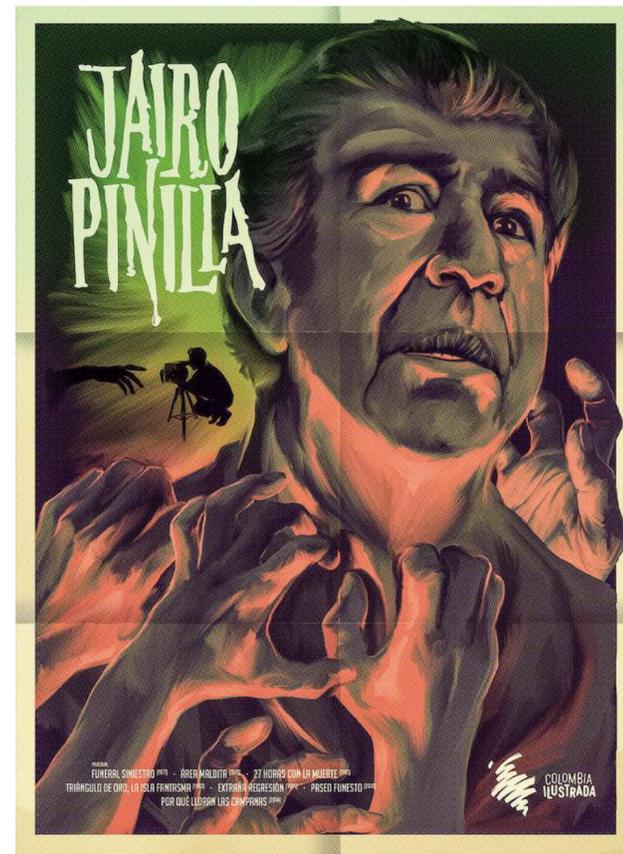
Orol llegó a tener un considerable éxito con el cine de rumberas, y luego con el de gánsteres, o incluso con su combinación, como ocurrió en su más reconocida película: *Gánsters contra charros* (1948). Sus colegas y la crítica siempre lo desdenaron, pero él sabía lo que le gustaba al gran público, pues este no se fijaba tanto en lo que los otros sí, como en sus historias arquetípicas y repetitivas, generalmente desatentas con la coherencia en sus tramas o con la construcción de personajes. Llegó a sacar dos películas con un solo guion y un mismo presupuesto, rara vez repetía una toma, jamás usó efectos especiales (sus muchos cadáveres casi nunca tenían sangre), falseaba de manera tosca

y descuidada los espacios en que filmaba (en la Amazonia o en Chicago se veían trasfondos mexicanos) y las malas actuaciones nunca parecieron molestarle.

Con Ed Wood (1924-1978), por su parte, ocurre que, como los gringos siempre han querido ser los mejores, hasta en lo más malo, le dieron el título de “El peor director de cine de la historia”, y lo mismo hicieron con su película *Plan 9 from Outer Space* (1959). Firmó casi una veintena de títulos, la mayoría de género, en especial horror y ciencia ficción, aunque en sus años finales realizó películas que rayaban con el porno. Fue acomodador de cine, cantante, baterista y soldado. Le gustaba travestirse e hizo varias películas sobre el tema. Contrataba extravagantes personalidades para actuar en sus películas, como a un luchador sueco, un desprestigiado psíquico, la singular vedete Vampira y la olvidada y heroínómana estrella del cine de horror Béla Lugosi (*Drácula*, 1931). Su imagen de culto tuvo un impulso adicional cuando Tim Burton hizo una película sobre él, en 1994, titulada con su nombre.

Su cine entero se puede ubicar dentro de la llamada Serie B, esto es, cine de bajo presupuesto y cuestionables estándares de calidad. La diferencia es que este tipo de películas podía tener muy buen público, pero no fue el caso de las películas de Ed Wood, vistas muy marginalmente y más cercanas a la Serie Z, un cine todavía de menor calidad. Y es que en sus filmes el artificio y la pobre producción se evidenciaban en cada escena, con errores técnicos, torpezas en la puesta en escena, diálogos que podían no tener mucho sentido, actuaciones acartonadas, uso gratuito e inadecuado de material de archivo e historias forzadas hasta el disparate.

Ahora, en Colombia se ha querido ubicar a Jairo Pinilla (1944) en la Serie B, pero con las particularidades de un país donde no hay industria y muchos filmes se hacen con escasa financiación, sin que tal cosa signifique sacrificar sus valores artísticos. Además, en la época de Focine (compañía de fomento cinematográfico estatal) Pinilla llegó a trabajar con buen presupuesto. Media docena de largometrajes componen su filmografía, debutó en 1977 con *Funeraral siniestro*, filme que tuvo un relativo éxito, algo que no se volvería a repetir. Aun así, se le puede considerar como el

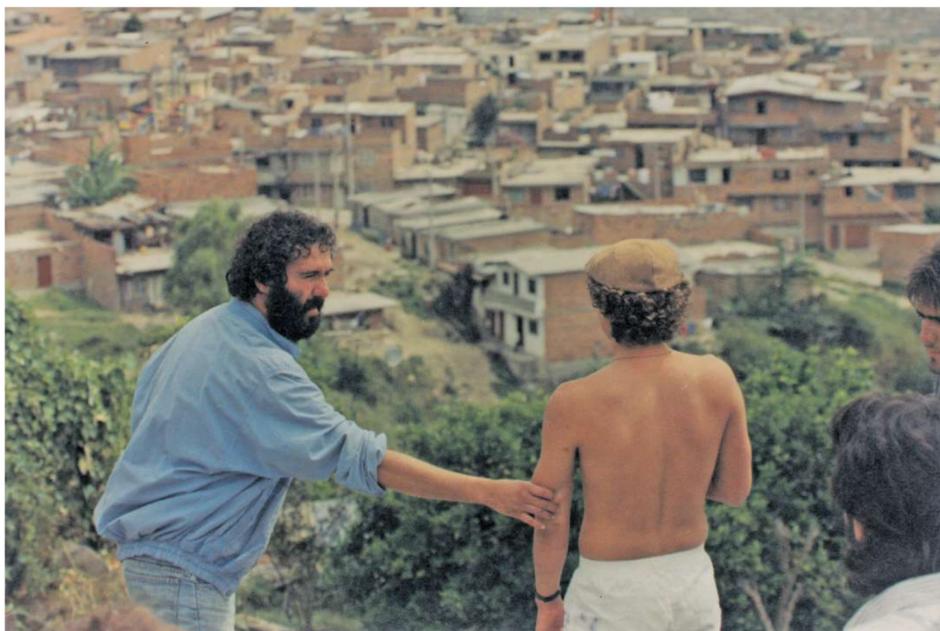


Homenaje a Jairo Pinilla por Colombia Ilustrada.

# RODRIGO D EN BOGOTÁ

## A 35 AÑOS DEL ESTRENO

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



Fotografía de Guillermo Melo.

El 23 de julio de 1990, por fin se estrenó *Rodrigo D* en Colombia, abriendo el VII Festival de Cine de Bogotá: una muestra de cuarenta películas nacionales, 120 internacionales, ochenta videos y cien comerciales que se presentarían en veinticinco salas de la capital hasta el 31 de julio: “Desde el barrio La Victoria hasta Suba, y desde los Cerros Orientales hasta Ciudad Bolívar”.

A pesar de los reconocimientos: haber sido la película más destacada de la muestra “From Magic to Realism: Colombian Cinema”, exhibida por el MoMA de Nueva York en enero de 1990, donde Kino compró los derechos para su distribución en Estados Unidos, y de ser la primera película colombiana que compitió por la Palma de Oro en Cannes, donde se llevó los aplausos del público, el jurado y la crítica internacional, el esperado estreno de *Rodrigo D* en el país sería anunciado muy tímidamente por la prensa bogotana: *El Tiempo*, por ejemplo, lo haría en su sección “Cultura y espectáculos”, en la lejana página 4C: “El VII Festival de Cine de Bogotá sube hoy el telón con la proyección de la discutida producción colombiana *Rodrigo D*, de Víctor Gaviria”.

Discutida, entre otras cosas, porque los medios colombianos, principalmente los de la capital, la habían presentado como una película de sicarios, “El sicariato al cine”, tituló *Semana*, no por nada, seis de sus actores naturales habían sido asesinados en los tres años y medio que separaron el final del rodaje y el estreno en Cannes. El caso más sonado fue el de Carlos Mario Restrepo, el cuñado de Rodrigo, a quien borraron del mapa el 27 de marzo de 1990,

el mismo día que la película fue aceptada para concursar por la Palma de Oro: “Le pegaron varios tiros en la cara con una escopeta recortada. Yo no pude celebrar la invitación a Cannes. Me encerré en la casa a llorar”, contó el director de la película.

Uno de los abanderados de esa visión sicarial de *Rodrigo D* fue el crítico Alberto Duque López, contra el que Víctor Gaviria se fue lanza en ristre en una noticia titulada “En Bogotá, *Rodrigo D* abre hoy el VII Festival de Cine”, publicada por *El Colombiano*, donde dijo lo siguiente: “Alberto Duque López es alguien supremamente resentido porque no ha podido hacer cine. Él difundió solo la parte negativa de la crítica internacional con respecto a la película y dejó de lado las posturas más serias, como las de *Cahiers du Cinéma*”.

Por eso Víctor Gaviria publicó en esa misma edición de *El Colombiano*, la del 23 de julio de 1990, una traducción de la crítica de *Cahiers du Cinéma*, en la que se fulmina la visión sicarial de su ópera prima: “*Rodrigo D* no es una película de impacto y no habla de sicarios sino del universo de donde todos vienen: una zona urbana con una pobreza agresiva, una vida atrapada por el vacío como por una bomba de tiempo. Víctor Gaviria filma la incoherencia de los días que se encadenan dentro de un universo donde no se cree en el mañana, un flujo de historias efímeras electrizadas por la música punk”.

Ese aparte de la traducción hecha a cuatro manos por Mariela Peña y Víctor Gaviria salió a la luz en la página 15A, porque la portada de *El Colombiano*, al igual que la de *El Tiempo*, se la robaba otro Gaviria, César, el presidente electo, que daba a conocer su propuesta sobre

la nueva Constituyente: “Desde hoy, Gaviria define temario de la Constituyente”. Curiosamente, meses después, en un artículo titulado “La vida no vale nada”, publicado en la edición 446 de *Semana*, se relacionarían ambas cosas: “Con *Rodrigo D* pasa lo mismo que con la Constituyente. Todo el mundo habla del tema, pero pocos lo conocen a fondo”.

Pocos lo conocían a fondo porque, antes de presentarse en el VII Festival de Cine de Bogotá y cuatro meses después en las salas comerciales, *Rodrigo D* solo había circulado de manera clandestina en el país, a través de copias piratas de “120 generaciones” distribuidas por una productora fantasma de Medellín llamada Putamax. Copias piratas que habían hecho reconocible a Ramiro Meneses, al que los punks más radicales tildaban de vendido porque había dado el salto a la televisión con la serie *Décimo grado*: “Una vez me encontré a un tipo, aquí en Bogotá, un punky. Yo estaba mirando una vitrina, como a las ocho de la noche, y el tipo llega y me dice: ‘¿Usted es el de *Rodrigo D*? ¿Sabe qué? Amparo Grisales y usted son la misma mierda’. Y se metió el dedo en la boca y me vomitó a los pies”.

Y sería precisamente a las ocho de la noche de aquel 23 de julio de 1990, en el Teatro Colsubsidio, mientras el cielo vomitaba agua contaminada de esmog, que comenzó la proyección de *Rodrigo D*, tras un discurso consonante de Juan Martín Caicedo, alcalde mayor de Bogotá: “Es innegable que el problema fundamental del cine colombiano es la contradicción y dispersión en los esfuerzos por lograr un lugar digno dentro del arte nacional, y un espacio apropiado para su desarrollo industrial. El 46 % del precio de una boleta subsidia otras

actividades, deportivas o de beneficencia, y solo un 16 % es presupuestado para el cine nacional. Hacer películas en Colombia, por lo tanto, es un acto de heroísmo y el caso típico es *Rodrigo D*”. La cual se terminó de rodar el 30 de diciembre de 1986 y apenas se pudo estrenar en 1990, según la revista *Time*, “because of financial problems and conflicts with Colombian distributors”, elevando el costo de producción a 185 mil dólares o 65 millones de pesos, unos 1432 millones de hoy.

Mientras el alcalde de Bogotá emitía ese parte negativo del cine colombiano, en las afueras del Teatro Colsubsidio se presentaron disturbios, generalizados así por *El Espectador* dos días después, el 25 de julio de 1990: “La opción de participar de la premier de *Rodrigo D*, la ya mítica cinta de Víctor Gaviria, se convirtió en un acto de atropello contra todos aquellos que solo aspiraban a que corriera la película”. Atropellos protagonizados, según ese periódico, “por una masa furiosa de jóvenes vestidos de negro que se fueron integrando bajo la lluvia”. Un día después, el jueves 26 de julio, *La Prensa* identificó a esa bandada de cuervos y a sus víctimas: “Carne fresca: cientos de punks del sur de Bogotá. La delicatesen: las señoras encopetadas, los embajadores y, claro está, la gente de cin-empleo tratando de hacer valer sus pomposas tarjetas de invitación especial. A la entrada del teatro los punks del Luna Park, Kennedy y La Fragua se codeaban con los abrigos de pieles. Se dice que a muchos les salieron ampollas en los codos. Otros resultaron con alergia a los perfumes parisinos. Otros prefirieron escupir”.

No se sabe cuántos punks lograron colarse al Colsubsidio, pero, como señaló *El Espectador* un día después, “los críticos especializados tuvieron que soportar la orden de: Vamos a ver si en las escalas pueden ser ubicados”. Entre los críticos especializados que apreciaron la película desde las escalas, estaba Rafael Chaparro Madiedo, sí, el de *Opio en las nubes*, quien escribiría en “La franja lunática”, su columna de *La Prensa*, esta frase de neón sobre la única película declarada fuera de concurso en el VII Festival de Cine de Bogotá: “Una cosa ha quedado clara con *Rodrigo D*, el cine colombiano no es el mismo antes y después de esta realización”.

**Posdata 1:** Después de la película, los punks del Luna Park, Kennedy y La Fragua que habían logrado colarse en el Teatro Colsubsidio, como si fuera un contrapunto callejero de *El Tiempo* de ese día, dejaron este grafiti en un muro, simbiosis irónica entre el lema presidencial de César Gaviria y el título de la película: “Con César bienvenidos al futuro, con Víctor No Futuro”.

**Posdata 2:** Varios de esos punks llevaban un botín de guerra en la mano: la banda sonora de *Rodrigo D*, pues Karl Troller ya les había advertido en la sección “Discos” de *El Espectador*, que se conseguía “en los almacenes alternativos de la calle 19, en las funciones de la película durante el actual Festival

### El sicariato al cine

En 1986, Víctor Gaviria —poeta y director de cine, paisa, de 35 años— rodó la película *No futuro*, con actores tomados de la vida real. Eran diez muchachos de las bandas juveniles de la Comuna Nororiental de Medellín. Hoy, dos años después, cuando la película aún no se ha estrenado, seis de ellos están ya muertos. “Los matoran cuando hacían algún cruce, o porque no supieron esquivar una culebra —explica Gaviria. Durante el rodaje nos hicimos amigos. Esa amistad no los salvó a ellos, pero por lo menos nos acompañamos un rato”.

*No futuro*, que al final tuvo la suerte de ser la única película colombiana vendida por adelantado a Nueva York, tuvo duros problemas iniciales. El guión original, que desarrollaba la historia real de un joven suicida, se fue borrando hasta que prácticamente desapareció, a medida que el tropel cotidiano de los actores-pandilleros los iba arrastrando por vericuetos imprevistos.

“Todos los días cambiábamos de planes, porque todos los días nos sorprendía la locura de esa parte de la ciudad, donde hasta un mal recuerdo puede desatar una guerra”.



Revista *Semana*, febrero 27 de 1990.

de Cine, o dirigiéndose a Producciones Tiempos Modernos, Apartado Aéreo 70068 de Medellín”. Troller describió el disco como el verdadero sonido de la Comuna Nororiental: “Es algo más que una Mini Uzi descargándose”. Y señaló a su público objetivo: “Un disco para renegados, punks, desechables y taxistas en el negocio del deshuese”.

**Posdata 3:** También a la salida del Colsubsidio, el genial Carlos Mayolo entregó estas declaraciones para *Kinetoscopia* # 5: “*Rodrigo D* es una película hiperrealista, que sobrepasa el devaneo con lo sociológico y penetra en la poesía del caos, y en la poesía en sí. Rebase la poesía del testimonio, que es lo que a muchas cinematografías les costó mucho trabajo por andar sociologizadas. *Rodrigo D* es un trabajo que trata sobre la sociedad, pero sobre una poesía que la misma podredumbre de la sociedad genera. Es un grito de humor negro, es un escándalo lo que produce, deja un sabor amargo y cambia el concepto de los distintos sabores de otras películas. Es una nueva sensación lo que produce y muestra una faceta distinta de un cine que debió haber sido más urgente antes, y no se hizo por bagajes literarios y por otras cosas de nosotros los cineastas”. Declaraciones que coincidían con estas palabras del crítico Luis Alberto Álvarez, publicadas el 12 de mayo de 1990 en su columna “Páginas de cine” de *El Colombiano*, día del estreno en Cannes: “*Rodrigo D* es el primer largometraje colombiano argumental que no necesita bastones literarios, que refleja directa e inteligentemente la candente realidad urbana de Colombia, que se

aleja de los vicios y clisés visuales e interpretativos y revela en cada uno de sus aspectos la concepción de un verdadero director”.

**Posdata 4:** Exactamente un mes después de finalizado el VII Festival de Cine de Bogotá, o sea el 31 de agosto de 1990, *Rodrigo D* sumó un nuevo reconocimiento a su palmarés: mejor película en el Festival de Cine Latino de Nueva York. Sobre ese hecho escribió lo siguiente Enrique Ortega, archivero del MoMA: “Quizás el triunfo de *Rodrigo D* en Nueva York conveza a los productores y a los distribuidores colombianos de la necesidad y de las oportunidades de promocionar, estrenar y exhibir apropiadamente la que muchos consideran la mejor película colombiana de todos los tiempos. Lo sea o no, *Rodrigo D* no debe negarse a quien le pertenece: a los amantes de cine en Colombia”. ¿Por qué se la estaban negando? “Focine como productor oficial la considera (al igual que muchos colombianos) explosiva, inapropiada para la situación política y de orden público que vive el país, como si el trabajo de los poetas tuviera que regirse por las leyes de la sociedad”.

**Posdata 5:** El 15 de noviembre de 1990, dos meses y medio después de ganar el Festival de Cine Latino de Nueva York, despidiendo un año en el que dos candidatos presidenciales fueron asesinados por sicarios de Medellín, finalmente ocurrió el estreno nacional de *Rodrigo D* en los cines comerciales de Colombia, el Calle Real de Bogotá fue el primero en proyectarla, a las 3:15 P. M. ©

RESTAURANTE, MÚSICA EN VIVO,  
VINILOS, BOLEROS Y SON CUBANO

Horarios:  
Miércoles a sábado de 5:00 p.m. a 2:00 a.m.  
Platos fuertes del restaurante hasta las 9:00 p.m.

DESDE 1983

-57 316 139 59 00  
Reservas

Cra 67B # 51A - 98. Torre A. Local 1 - Medellín - Col. @boleroarmedellin

PAN

MASA MADRE  
artesanal y saludable

Catálogo, ventas y domicilios

UN PUNTO FIJO

@unpuntofijocafe  
Tel: 3041438515

- Carlos E. Restrepo  
Panadería masa madre  
Calle 51 No. 64B - 40  
Mall Agumarina, local 6
- Laureles  
Café cultural y panadería  
masa madre  
Carrera 76 No.33A-36

PIZZERIA  
CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm  
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Medellín, Colombia

PALINURO  
LIBROS LEÍDOS

@libreriapalinuro

Calle 49B#75-33  
6042609160

Compra y venta de libros



**NO SOMOS UNA ESPECIE EX-TINTA**

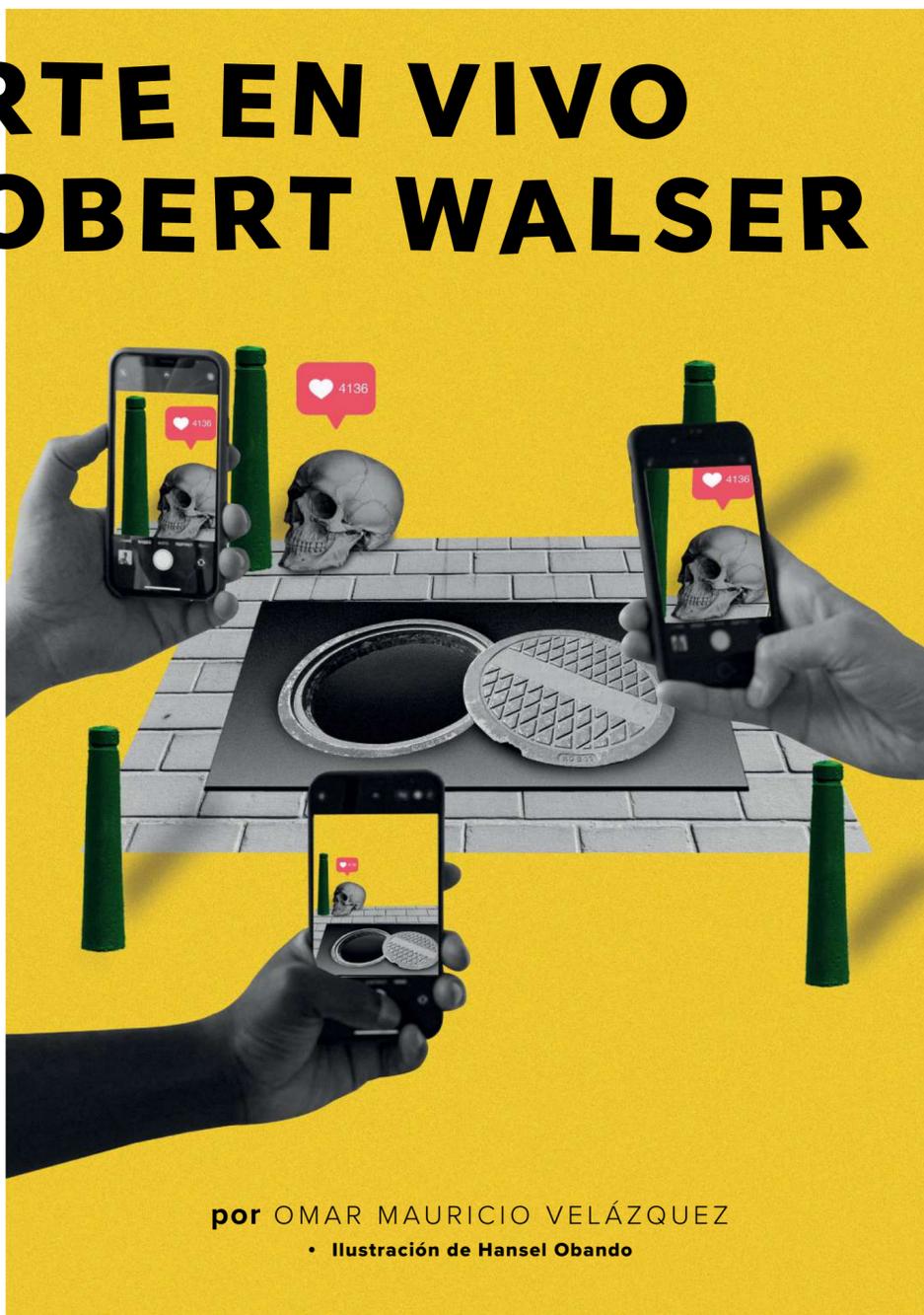
# MUERTE EN VIVO DE ROBERT WALSER

**E**n Bogotá, un hombre vivió casi veinte años en una alcantarilla, al frente de una iglesia, y allí enfermó hasta morir. Cuando escuché la historia de Lucas tuve la amarga sensación de que era poco extraordinaria para un país como Colombia. Supe de ella en una época en la que no pasaba de la primera plana de los diarios. La razón de mi poca información también estuvo motivada por mi escape de las redes sociales. Mi periplo como tuitero había terminado y agoté pronto el embeleo de las demás plataformas. Si acaso me enteraba de un hecho merecedor del anquilosado asunto de la tendencia era a oídas. Solo si la curiosidad malsana me seducía, abría una pestaña del navegador para escribir palabras como “Bogotá”, “habitante de calle” y “muerto”, así como lo hice aquella mañana en la que mi vecino me señaló la alcantarilla donde los *dealers* del barrio escondían el inventario de sustancias recreativas.

Me dijo apuntando con el dedo: “Lo único que les falta es atender desde ahí. Voy a ponerles una cámara pa que sepan que los estamos viendo”. Ante una afirmación de esas, repletas del brío libertario, personas más reposadas como yo contestamos con una sonrisa tímida que esconde el pavor. Me reí, y con la mirada clavada en la mohosa reja, recordé la historia de Lucas, la que me habían contado en un pasillo de la universidad. Entré a mi casa, me senté en el escritorio y, como gozaba de mi año sabático, aproveché mi libertad en el manejo del tiempo para esos deleites que hoy son estudiados bajo la lupa de la procrastinación. Abrí el buscador con las palabras clave y le di clic a “imágenes”.

Del asombro pasé a la conmoción. Se abrió en mi cabeza un arreme de juicios de valor, virtudes, justicia, empatía y tragedia. También se me reveló la prueba más genuina del proverbio “la realidad supera la ficción”. En una de las fotografías, fue irremediable pensar que Lucas era idéntico a Monsieur Merde, un ermitaño encarnado por el actor Denis Lavant, que vive subterráneamente en el Tokio y el París de las películas del director francés Leos Carax. El personaje de la ficción nos produce ansiedad, nos inquieta, nos agobia y nos empuja a esa curiosidad de saber por qué alguien viviría en una alcantarilla. Lucas, el de la vida real, no era un ermitaño vestido de traje. Podría inquietarnos su historia, pero ante todo convocaba ternura, solidaridad y un irremediable deseo por sacarlo de allí. De repente estaba ante dos universos corriendo en paralelo. Cosas que por cierto no son inventos del cine de superhéroes, pero esa es otra cuestión que puedo —debería— desarrollar en otro texto, y no aquí.

Los titulares de la muerte de Lucas, el que vivía en una alcantarilla bogotana, me fueron llevando en cascada a un



por OMAR MAURICIO VELÁZQUEZ

• Ilustración de Hansel Obando

amargo popurrí de fallecidos en distintos lugares; eran anónimos unos, con nombre propio otros. Confirmé que la insensibilidad para atisbar la tragedia de nuestra cotidianidad tenía que ver con cómo hemos convertido en golosina a la prensa. Nada nuevo. Eso que nombraban amarillismo las viejas escuelas de periodismo hoy alza sin pudor cromático a todos los principales diarios. Nada nuevo. Todos los días aparece el cuerpo inerte de alguien en un parque, en la calle, en el lecho de un río, sobre la acera. En esa concatenación del algoritmo, días después de escudriñar en la naturaleza morbosa de la percepción, mi mente recordó la imagen del cuerpo de Robert Walser, el escritor suizo de las micrografías, tendido sobre la nieve. Yo mismo la tenía en una diapositiva, y con ella pretendí, por mucho tiempo, empujar la reflexión de mis estudiantes de teoría de la imagen.

Mi intención era asombrarlos, producirles inquietud ante aquel cuerpo que precedido por sus propias huellas reposaba sobre un blanco immaculado. Sentí una agitación nueva. En ocasiones tenemos que nombrar las cosas

para hacer visible lo obvio. Entendí que no conmovía a mis alumnos presentando los despojos de Walser porque ellos veían regueros de muertos tirados en el suelo todos los días. Porque hoy los medios nos empujan sin pudor a que el terror no nos aterre. El dolor de otro ha dejado de ser dolor porque se convirtió en moneda corriente en forma de dato. El periplo de nuestras zambullidas digitales deja rastro y, en el mercado digital actual, esa huella vende. Los medios, aupados por el afán impreciso de la pirotecnia, registran desde lentes indiferentes el paso de cualquiera al más allá. Sus fuentes ya no están donde solían estar, habitan la vorágine de capturas de accidentes hechas por celulares y cámaras de seguridad, de esta manera, todos los días quedan inventariadas varias muertes en video y fotografía.

Dediqué varios días a rastrear periódicos viejos. Nada evidenciaba la trascendencia del deceso de Walser. Infructuosamente me precipité a un abismo de archivos de la época tratando de encontrar cómo se presentó la noticia de su muerte. Pero la partida del escritor fue tan silenciosa y discreta como sus

últimos años de vida. Solo pude constatar a retazos que lo encontraron unos niños, cerca del manicomio de Herisau en Suiza, en el que pasó largamente recluido, y que un policía llamado Jakob Tuggener fue quien tomó la célebre fotografía. La prensa literaria le dedicó algo más de atención a su muerte que la generalista, y nada evidenciaba que aquella fracción de realidad mereciera los embates mediáticos que se darían hoy en ocasión de la pérdida de un artista en tales circunstancias. De repente, noté que yo mismo había olvidado la vida y el destino de Lucas, el de la alcantarilla.

Una mañana saqué la imagen de Walser del hilo de diapositivas. Apagué el computador y me dispuse a salir para espantar el entumecimiento. No mucho después de cruzar la puerta, me encontré con el vecino que me anunció con euforia que ya había instalado su sistema de vigilancia. “¿Te acordás de don Roberto, el viejito que vendía incienso en el parque?”, me dijo. Moví mi cabeza negativamente pero inquieto, mientras él terminaba: “Estaba como medio borracho y venía por la acera. Cayó ahí boca abajo, muerto. Quedó en la cámara”.

# Leer, o no, en la biblioteca

por JORGE IVÁN AGUDELO • Archivo Fotográfico BPP

**Ricardo** Piglia, al inicio de su diario, recuerda cómo, apenas con tres años, para imitar a su abuelo, cogió un libro azul de la estantería y se sentó en el umbral de la casa. Un hombre que por allí pasaba, una sombra, que el escritor argentino, envenenado de literatura, fabulando con sus recuerdos, quiso creer que era Borges, le hizo caer en la cuenta, al niño de entonces, que tenía el libro al revés. En la foto de Gabriel Carvajal, por el contrario, ningún adulto señala o corrige. Los niños manipulan los libros con plena libertad. Varios de ellos, incluso, están ahí sin estar, con la mirada perdida en algo que pasa por fuera de las mesas de la biblioteca. Llama la atención uno de ellos, por dividirse entre dos mundos. Se trata del que abre, sin mirarlo, en gesto mecánico, el libro grande. Está el venerado objeto, sus páginas ilustradas, su funcionamiento, las

pequeñas manos que lo sostienen, y, por otro lado, los ojos y el interés del niño, que hacen eco, se me ocurre, de unos versos de Fernando Pessoa, entreverados en un librito de literatura infantil, *Lo mejor del mundo son los niños*: ¡Ay qué placer / no cumplir un deber; / tener un libro que leer / y dejarlo de hacer! / Leer es cosa pesada, estudiar es nada. El sol dora sin literatura. Pero, a pesar de esto, de que el sol dore sin literatura, la composición de la imagen demuestra un interés del fotógrafo por resaltar, mediante un juego de luces y de sombras, donde la luz recae sobre los grupos de niños dispuestos en tres mesas, la relación de estos con los libros, no ya propiamente con las letras, con lo escrito, porque, hasta donde se puede apreciar, ellos, los niños, solo ven figuras, acarician lomos, se entretienen con el objeto, en

una exploración y un asombro que rebasan la imagen idílica del lector que se pierde, todo apaciguamiento y concentración, por los vericuetos de una historia.

Avanzando en su diario, Piglia sentencia: para leer hay que aprender a estar quieto. Y los protagonistas de la foto, que a su manera también leen, detenidos en 1962, en su infancia, se mueven, o, para ser más precisos, parecen moverse, expresar bellos desacomodos, gestos sin cálculo, contrarios a lo uniforme o a las poses. Gabriel Carvajal, que, como ningún otro, supo registrar, a partir de la fotografía industrial y arquitectónica, las grandes transformaciones de Medellín en la segunda mitad del siglo XX, la fascinación por el progreso, también logró, por fuera de sus trabajos más emblemáticos, con un amplio dominio técnico y una sensibilidad particular, dar cuenta de ciertos aspectos de la vida cotidiana de la ciudad. La foto de los niños en la Biblioteca Pública Piloto es un buen ejemplo, toda vez que, atravesando las décadas, trae a la memoria un rito compartido por muchos, una imagen indeleble, porque desde que la Piloto abrió sus puertas, primero sobre la avenida La Playa, en el Palacio de Bellas Artes, después y hasta ahora, al frente de la autopista Sur y la Calle Colombia, en Otrabanda, hemos sabido, guiados por distintos afanes, circular entre sus anaqueles, buscar y manipular sus libros, sentarnos o pararnos, a leer o no, como los niños de la foto, ante sus mesas.



Hace cien años, el petróleo transformó una región para siempre. Francisco de Roux estuvo en el Magdalena Medio durante la arremetida paramilitar de 1997. Esta historia es apenas una muestra de las brutales guerras petroleras en el corazón geográfico del país. Las imágenes que acompañan este texto, tomadas en 1986, son el resultado de un recorrido fotográfico que León Ruiz hizo por el río Magdalena. Dejó constancia de su paisaje, comunidades y formas de vida.



# FRONTERA

por SIMÓN MURILLO

Algunos vivían en el Magdalena Medio antes de que llegaran Jiménez de Quesada y sus hombres. Probablemente en ese valle se hablaban siete u ocho lenguas. No podemos saberlo. Los habitantes del Magdalena disminuyeron con sus bosques, algunas veces resistiendo, asaltando y asesinando a flechazos a conquistadores, evangelizadores, colonos. Las fortunas de Santander se hicieron con las cenizas de quienes no dejaron ni nombres.

Los más populosos de ellos, los últimos que quedaron, los llamamos yareguíes. Una confederación de cinco pueblos a ambas orillas del valle, en reductos de selva cada vez más pequeños. Sabemos que hablaban una lengua caribe porque dos veces encontraron hombres que anotaron sus voces: un colono, que secuestró a varios y les extrajo una veintena de palabras, y un antropólogo que habló con algunos viejos cerca del fin. En su mundo, la humanidad surgía de una palmera llamada Furogake. Río era cará. Ellos eran carare, la gente del río.

A principios del siglo XX, el presidente Rafael Reyes le regaló a su cuñado la primera concesión petrolera del país en tierras de los yareguíes. La política

estatal de confinamiento se cambió por una de "reducción y civilización". El cuñado alquiló la concesión a la Tropical Oil Company, la Troco, a su vez filial de la Standard Oil de New Jersey, propiedad de un gringo voraz. Cinco años después de la llegada de la Troco, Barrancabermeja fue fundada en el mismo lugar en donde las huestes de Jiménez vieron "una fuente de betún que es un pozo que hierve y corre fuera de la tierra. Y los indios traíanlo a sus casas y úntanse con este betún porque le hallan bueno para quitar el cansancio y fortalece las piernas".

La Tropical Oil abrió monte a velocidades inéditas y en dos décadas los yareguíes habían sido completamente exterminados. Los últimos hablantes de su idioma fueron esclavizados por una monja, unos curas, algún colono. Casi una década después de la puñalada de la Troco, la Compañía de Jesús llegó al Magdalena. Se les encomendó la región como prefectura apostólica, pensada a la medida de las reducciones. Los padres bajaban en un barco misión, entre las torres negras y las flores del Cantagallo arrastradas por el río.

La concesión a la Troco duró hasta el año 48, cuando el ministro de Minas, Manuel Carvajal, tío de Francisco de

Roux, "en medio de un perfecto entendimiento entre el gobierno colombiano y el capital multinacional norteamericano", creó Ecopetrol.

Las carreteras que abrieron la Troco, la Shell o Ecopetrol las colonizaron campesinos y refugiados de todo el país. Desde el 70 hasta el 97, más de dos millones de hectáreas de bosque, uno de los grandes refugios de vida en el planeta, se fueron al carajo en el Magdalena Medio. Con ellas, decenas de miles de refugiados se aglomeraron alrededor del centro de la provincia: Barranca. El Fury, Frente Urbano Resistencia Yareguíes del ELN, mandaba en casi toda la ciudad y la mañana clareaba con el zumbido de una camioneta de la policía camino a una balacera entre callejones de madera.

En los cincuenta años anteriores a la llegada de Francisco de Roux a la zona en 1997, el Magdalena, ahora pardo y turbio, y miles de sus ríos, meandros y coqueterías cambiaron completamente. Francisco de Roux volvió a escalar la cordillera de San Lucas, camino a la Guácima, en alguna punta de la inmensa roca. Veinticuatro horas metido en una caravana de carros de campesinos de San Pablo, Santa Rosa, Simití y Morales, en una noche sin estrellas y colmillos; los esperaban las Farc y el ELN. Los

comandantes de frente, reyezuelos de la revolución, no iban a dejar que la gente votara en las próximas elecciones. Francisco les dijo que solo le iban a dar fuerza a los paramilitares.

El 16 de mayo de 1998 cincuenta encapuchados, con joyas y cuchillos brillantes, enterizos verdes, brazaletes del DAS y botas militares, entraron a Barrancabermeja en camiones y motos. Cuidados por la policía y el ejército, atacaron los barrios del suroriente de Barranca, a unos metros de la central Merieléctrica y al batallón del ejército dedicado a protegerla: María Eugenia, Divino Niño, El Campín. En la cancha de fútbol del Campín destruyeron el bazar del barrio e hicieron arrojarse a decenas de muchachos en la arena. Montaron a 32, entre gritos, a un camión: en menos de una hora los paramilitares habían dejado claro que Barranca ahora era su territorio. A siete de los muchachos los ejecutaron en carreteras y cunetas el día después, el resto desaparecieron.

El general Fernando Millán de la Quinta Brigada, el Mono Millán, le dijo a *El Colombiano* "que el ataque podía haber sido el resultado de combates internos entre facciones de la guerrilla." Manuel José Bonnet, comandante de las

# DE GUERRA

• Fotografías de León Ruiz. Archivo BPP

fuerzas armadas, negó de plano cualquier colaboración: "No tengo que dar explicaciones, ni lavar la imagen del Ejército, por hechos en los cuales nada tiene que ver". En el año 95, como comandante de la Segunda División, Bonnet le ordenó al departamento de inteligencia de la División, dirigido por Plazas Acevedo, que se concentrara en la población civil del Magdalena Medio para debilitar a la subversión.

En junio, noventa hombres repartidos en cuatro lanchones llegaron al puerto de Cerro Burgos, un ceceante recodo del río Simití, en la serranía de San Lucas. Venían de otras guerras, otros ríos, de Las Lobas y más allá: el Bajo Cauca, Urabá, el Valle del Cauca. Paracos de los hermanos Castaño, de Hernán Giraldo, barón de la Sierra Nevada, de los Prada del César, del misterioso Macaco. El capitán de los invasores era Julián Bolívar, antioqueño de ojos azul coralino. Por la otra vertiente de la cordillera, el camino de la Pacha, Tiquisio y Pueblito Mejía, subió la tropa de Salvatore Mancuso y el grupo Centellas de operaciones especiales. Los hombres de Bolívar entraron primero en combate con el enemigo. El ELN se replegó y sostuvo el frente en la Ye de Fontes, a unos kilómetros de Cerro Burgos. Quince días

de intenso combate despejaron el camino de la avanzada paramilitar.

La serranía de San Lucas llevaba cientos de años siendo refugio de muchos que escapaban de las haciendas del Bajo Magdalena, de las minas de oro de Nechí y Guamocó: tahamecías, yamecías, guamocoes, malibúes, africanos. Los refugiados que hicieron hogar durante generaciones en la serranía de San Lucas construyeron una sociedad de liberados en oposición al mundo de los colonos blancos de Simití y Mompos, lo que Amparo Murillo llamó "una frontera de guerra". A finales del siglo XIX, campesinos de la depresión momposina, del Sinú y San Jorge desplazados por latifundistas se mezclaron con descendientes de los primeros llegados y liberales de la costa derrotados después de la Guerra de los Mil Días. La rebelión en la serranía era necesidad y tradición.

Cuco Quiroga, Libardo Traslaviña, Perico Guerra, Teófilo Acuña, Narciso Beleño y otros dirigentes campesinos de la serranía convocaron una marcha gigantesca en desafío a los paramilitares, una de las más grandes que jamás vio el río: trece mil del sur de Bolívar, de las minas de Morales y San Pedro Frío, de los campos de coca de Santa Rosa del Sur, Regidor y Rioviejo, y los pescadores

que quedaban en Simití y Monterrey. Un grupo de la recién fundada Asociación Campesina del valle del río Cimitarra, como Gilberto Guerra y Andrés Gil, los esperaba en Barranca: colonos tardíos, comunistas, refugiados de otras matanzas que veían en el Cimitarra su última esperanza. Enfermos, cansados, hacinados, armaron cambuches, tuquios de gente, en colegios y coliseos de Barranca.

Desterrados de hogares por combates y ambiciones se arremolinaban en todas las ciudades del país. Miles lo habían perdido todo. El arzobispo de Bogotá echó a patadas a familias sin nada que se resguardaban en la Catedral Primada. La gobernación de Bolívar perseguía a los desplazados, "punta de lanza de la guerrilla" que "debían pedir permiso a las alcaldías a las que deseaban ir". Los desterrados de Barranca, conscientes de que el gobierno les había hecho trampa en las pasadas protestas del 85, 87 y 96, no se amilanaron cuando el ministro del Interior, Néstor Humberto Martínez, trató de levantar el paro con zalamerías. Necesitaban al presidente en Barranca. Cuatro mil adultos y 1300 niños esperaban.

Al final vino Pastrana. Tras 103 días en paro, se instaló la mesa de diálogo entre campesinos y el Estado. El coordinador de la mesa fue Ubencel Duque.

Ubencel era un hombre de paciencia caimán y pocas y buenas palabras. En su trabajo en la Pastoral Social, había sido uno de los organizadores del paro del nororiente de 1987 y luego fue uno de los constituyentes de Credhos (Corporación Regional para la Defensa de los Derechos Humanos). Fue el brazo al agua de Francisco de Roux, y el enorme respeto que le tenían en el río fue la llave del Programa de Desarrollo y Paz en el Magdalena.

Pastrana prometió seis billones de pesos, un sexto del presupuesto nacional, en inversión para el Magdalena Medio, un bloque de búsqueda contra el paramilitarismo, el retorno seguro de los exiliados a sus hogares, un foro sobre el fuero penal militar, apoyo a la pequeña minería. Los de la serranía de San Lucas escucharon una promesa de reglamentar las tierras mineras; los del valle del Cimitarra, el augurio de una Zona de Reserva Campesina, una figura pionera en el país. Las palabras de Pastrana podían escucharse huecas mientras volvían a sus hogares en chivas y botes. No importaba. Presidentes y guerras van y vienen. Estaban unidos como un movimiento, fuertes en el propósito común de que el Magdalena era su tierra: ellos eran, al final, gente del río.

Los paramilitares no se detuvieron. Hicieron masacres inmensas en Pueblito Mejía, Buenaseña, Puerto Coca, Micoahumado, Regidor, Cerro Burgos. Instalaron retenes río abajo, hacia Magangué, y río arriba, hacia Barranca. La serranía de San Lucas terminó cercada. Ni comida, ni medicamentos: nada entraba. Salían cuerpos, camino al mar. Después de consolidar sus posiciones, Julián Bolívar y su segundo, Gustavo Alarcón, recibieron instrucciones de converger con los hombres de Mancuso en Micoahumado: la arteria a la que apuntaba el diente.

Micoahumado era un pueblo de tres cuadras en el filo de la selva desde donde los elenos podían desdoblarse río abajo a los enredos de Las Lobas, o cruzar la montaña para bajar a las colinas del Bajo Cauca y a las ciénagas de La Mojana. El 9 de noviembre cuatrocientos paramilitares, con Mancuso a la cabeza, conquistaron el pueblo tras un intenso combate con el ELN. Estaban escoltados por helicópteros del ejército. Es decir, los helicópteros del Mono Millán. Fue la primera batalla de lo que sería el Bloque Central Bolívar.

Los que habían estado en el éxodo campesino del 97 fueron blancos fáciles en los meses y años siguientes. Perseguidos por ejércitos y negocios, miles huyeron dejando sus tierras para el de gafa oscura, camioneta brillante y poderosa barriga, como pasaba de Puerto Berrío para arriba. O para el señor que partía de Medellín, Bogotá y Miami en helicóptero a supervisar haciendas desde lo alto, como en los cultivos de palma del sur del Cesar, en Puerto Wilches y Sabana de Torres.

De Roux llevó a Cuco Quiroga, campesino de las Auyamas y poderoso dirigente de la serranía, a la oficina estratosférica de Jaime Bernal Cuellar, procurador de la Nación. Estaban ahí para contarle al procurador que los helicópteros del general Millán estaban acompañando a los paramilitares en su invasión del sur de Bolívar y la serranía de San Lucas. “¿Quiere hablar con el

Mono?”, pregunta el procurador. En el teléfono de araña, Bernal saluda: “General, el padre Francisco de Roux está aquí con un líder. Me dicen que los paramilitares tienen helicópteros”. “Eso no es cierto”, dispara Millán, “los helicópteros no son de ellos, son míos. Nosotros estamos acompañando la operación, ellos tienen órdenes de no matar”.

El despliegue conjunto entre las fuerzas armadas y los paramilitares redujo a los elenos a diminutos reductos y replegó a las Farc a sus cuarteles del sur en el valle del Cimitarra. El ELN se cuestro en pleno vuelo un Fokker 50 de Avianca y lo hizo aterrizar en una pista clandestina de la serranía de San Lucas: servirían de escudos humanos en caso de una renovada avanzada paramilitar. El ejército lanzó casi al mismo tiempo dos ofensivas que combinaban fumigaciones aéreas con glifosato, efectivos paramilitares y militares, e intenso apoyo aéreo con bombarderos y helicópteros: las operaciones Anaconda y Bolívar. El propósito era cercar San Lucas y a sus gentes por el sur y el norte. A Diomedes Playonero, de la junta directiva de la Asociación Campesina del Cimitarra, viejo comunista de la UP, aliado del Programa, le pegaron un tiro en la cabeza en su finca en Yondó. Dejaron el cuerpo tirado y obligaron a la viuda a hacerles el desayuno. Francisco de Roux hizo el funeral de Playonero y maldijo. “La única vez”.

En respuesta a la masacre de La Gabarra, escribió lo que era una visión tan política como espiritual: “Si se liberaran de las mentiras de los noticieros y llegaron hasta el dolor de los sometidos al terror y el miedo para ofrecer su presencia solidaria a los hogares destruidos de Simití y San Blas, de San José de Apartadó y El Salado, de Micoahumado y Landázuri, de Puerto Ité y La Gabarra y de la comuna siete de Barrancabermeja, sería posible la paz. Si fueran capaces de ponerse por encima de todas las convenciones y prohibiciones legales e ilegales en estos territorios de angustias, hasta

hacer sentir a las víctimas que aquí nadie tiene las manos limpias y que nadie es más bueno que los demás, pero que tampoco peor; que nadie tiene que irse y que todos somos importantes, sería posible la paz”.

Decenas de miles llegaban a Barranca, a empezar de cero en los suburbios ahogados de sol. Ciento dieciocho de los 168 barrios de la ciudad carecían de servicios básicos. Las casas de madera eran tan delgadas que un disparo de fusil podía pasar una, dos, tres, cuatro, cinco casas en fila. Durante la guerra del Magdalena, Barranca fue, por mucho, el lugar más homicida del río, una violencia en penumbra, de asesinatos fugaces y terrores mañaneros. El Frente Fidel Castaño del Bloque Central Bolívar se concentró en la ciudad con la inquina de desyerbar una maldad persistente. El Fury del ELN no demoró en colapsar. Francisco de Roux se encadenó alguna vez con otros para formar una barrera de cuerpos alrededor de los hogares de dos líderes presos para el matadero. Como en los tiempos del Cinep, volvió a repartir dinero para unas semanas y demasiados tickets de avión.

Un documento interno del ejército en esa época escribe que el Programa de Desarrollo y Paz, el Cinep, Asfades, la Comisión Colombiana de Juristas y otras organizaciones eran una fachada de las “milicias populares”. Un alto oficial del Ministerio de Defensa de la época me dijo que con frecuencia le llegaban informes de inteligencia sobre De Roux y el Programa, particularmente preocupados con sus conversaciones con las Farc y el ELN.

Iván Ríos, cabeza de uno de los frentes de las Farc en el valle del Cimitarra, citó a Francisco en su campamento para discutir los métodos del Programa, su financiación y propósitos. Se sentaron en una mesa en el cambuche. En el fondo, siempre visibles, había seis hombres con la cara cubierta, encadenados: los secuestrados del Bloque Magdalena Medio.

“Yo no estoy de acuerdo con lo que usted está haciendo, no puedo estar de acuerdo. Pero yo creo que usted lo está haciendo porque cree que es lo mejor por Colombia. Créame que lo que yo estoy haciendo lo hago porque creo que es lo mejor que uno puede hacer por Colombia”, Francisco le dijo a Ríos. “¿Pero cómo podía llamarse revolucionario cuando tiene a esos hombres presos como animales?”. Ríos abrió un whiskey para los dos. De Roux, para él, era un hipócrita. ¿Cuál era su coherencia? ¿Cómo podía un jesuita exigirle moral a un revolucionario?

Cuco Quiroga desapareció. Lo vieron por última vez en Pozo Azul, arrastrado por hombres armados a una camioneta, en compañía de Gildardo Fuentes, de 19 años. Alguien llamó por radio y celebró tener en sus manos a Cuco, “el guerrillero más importante del Magdalena Medio”. La voz anunció que lo iban a llevar a San Blas y a Gildardo lo lanzarían desde un helicóptero. Un equipo del Programa partió a Pozo Azul a seguir los últimos pasos conocidos de los campesinos; Francisco de Roux fue a hablar con Julián Bolívar.

En un chivero desvinciado, él y un equipo de la Cruz Roja pasaron por Cerro Burgos, luego por Simití, un pueblo más viejo que Bogotá con una ciénaga como un pozo de luz, luego por La Y en la que el camino se bifurca entre Santa Rosa y San Blas. En las colinas yermas de San Blas yacía la capital del reino paramilitar en el sur de Bolívar: miles de enfermeros, contadores, infantería, sastres, cuadros políticos, cocineros, instructores, torturadores, políticos, explosivistas, francotiradores, en un vórtice de fiesta, entrenamiento, orgía y aburrición.

En el ombligo, Casa Verde, Julián Bolívar y Gustavo Alarcón dirigían riquezas y sufrimientos apenas imaginados. Como señor, Bolívar se sentaba a escuchar las súplicas de quienes iban a rogar por la vida de un amigo, esposo o hijo, y decidía destinos con aburrición

de dragón. Francisco le preguntó si había matado a Cuco. Bolívar contestó que nada que ver.

En enero del 99 De Roux fue a San Pedro de Urabá a la necrópolis de Carlos Castaño. Lo encontró rodeado de su guardia privada, cortesanos y suplicantes. “¿Dónde está Edgar Quiroga?”. Castaño dijo que él no había tenido nada que ver pero “Cuco Quiroga está muerto y su cadáver tirado en algún lugar de La Gabarra”. Francisco le preguntó por qué había ordenado la masacre del 16 de mayo en Barranca. Castaño, siempre cortés, contestó que él tampoco había sido: el culpable era Camilo Morantes. Mientras la matanza, Morantes invocó algo de valentía bebiendo solo. Terminada la faena, los últimos once supervivientes fueron conducidos a la hacienda de Morantes. Siguió tomando mientras se saciaba con la vida de los once que quedaban, uno a uno.

Castaño descarriló y dijo que la guerrilla comunista estaba en contra de la patria y la fe. Le contó a Francisco de Roux de su familia católica, del enorme respeto que tenía a los curas. “No voy a criticar a Morantes”, remató, “porque yo tuve que limpiar de guerrilleros a La Gabarra”. Más de veinte años después el jefe de seguridad de Ecopetrol afirmó que la empresa planeó la masacre del 16 de mayo de 1998 junto a los hombres de Morantes. La columna paramilitar se armó, financió y organizó con Ecopetrol.

En abril, Francisco se encontró con Rodrigo Lloreda, el ministro de Defensa: un hombre de Cali, como él. Al día siguiente, el presidente llamó a calificar servicios a los generales Millán y Del Río. “Son cambios normales que se producen en las fuerzas, no hay ningún factor de presión que haya influido al gobierno para tomar esa decisión, ha sido el producto de una reflexión tranquila y serena que el gobierno adoptó luego de examinar la situación”, declaró Lloreda en la rueda de prensa.

Gustavo Gallón abogó exitosamente ante la Corte Constitucional por la ilegalización de las Convivir. En agosto, Jaime Garzón le dijo a Fernán González que lo de Mario Calderón y Elsa Alvarado había sido planeado en la Brigada XX. Alfredo Molano se había ido en enero a un exilio triste. A Darío Betancourt Echeverry, que trabajó en el Cinep, que recién volvía de estudiar en París, lo acababan de desaparecer. El obispo de Apartadó avisó al provincial Horacio Arango: “Tenemos información creíble de que Castaño piensa declarar a todos los jesuitas que trabajan en el Magdalena Medio, en el Urabá, y a la planta entera del Cinep como objetivo militar”. Horacio convocó a Fernán y a Francisco. Los tres pasaron un día entero a puerta cerrada. Resolvieron que irían a negociar.

Fernán fue solo. Francisco no lo acompañó. A Fernán lo esperaba Isabel en el aeropuerto de Montería, una mujer que alguna vez limpió el museo arqueológico de Sergio Restrepo en Tierralta y la vida había hecho primero elena y después asistente de Castaño. Dieron vueltas y vueltas por carreteras vacías, sin cruzar una palabra. Llegaron a una finca vacía. Castaño demoró en llegar, de camuflado y sin armas. Escoltas observaban desde lejos. Pidió disculpas por la tardanza: estaba en una reunión con “los poderes empresariales del país”. Le habían llegado a última hora y querían que saboteara el Caguán. Castaño no aceptó, porque en ese momento estaba en conversaciones con María Emma Mejía y “creía en ella”.

Fernán se dio cuenta de que el orden nacional se había construido a través de la guerra perpetua. Castaño conocía su trabajo. Fue casi reverente con él, temeroso de la cruz y la posteridad. Le ofreció una teoría: las culpas históricas de

la guerra caían sobre los gremios económicos paisas, que no habían hecho las reformas que había que hacer y acabaron entregando el país a la guerrilla. Entró en confianza y se justificó: “Ustedes me consideran a mí de extrema derecha. Pero eso no es cierto, hay mucha más gente a mi derecha en este país”. Para Castaño, el ejército defendía a los latifundistas, la guerrilla a los campesinos y los paramilitares eran el ejército de la clase media.

No le gustó que Álvaro Uribe, el gobernador de Antioquia hubiera legitimado a las Convivir. En las próximas elecciones iba a votar por Noemí Sanín, y su problema con las oenegés era que no denunciaban los crímenes de la guerrilla. Fernán sentía al escucharlo que “estaba leyendo un artículo de Plinio Apuleyo Mendoza”. Le aseguró que él, como director del Cinep, creía en denunciar a todos los actores. Castaño negó, “sobre el nombre de mi padre que es lo más sagrado que yo tengo”, haber tenido algo que ver en la muerte de Mario y Elsa, pero expresó arrepentimiento general. A Fernán le pareció extraño, no la negación, sino el juramento.

Isabel le dijo a Fernán que nunca había visto a Castaño tan abierto con alguien más. En el avión de regreso a Bogotá, a Fernán lo acometió la idea de que la vida de los más de cien empleados del Cinep, de los otros jesuitas, de los empleados del Programa, dependía de haberle caído bien a ese hombre.

Dos días después de haber llegado, llamaron a Fernán de la Universidad de Antioquia. Acababan de cargar el cuerpo desangrado del profesor Hernán Henao en una ambulancia. Hernán había sido abaleado en su oficina. Todavía estaba con vida. Era uno de los amigos más cercanos de Fernán. Cuando me habló de la muerte de Hernán, más de veinte años después, tuvo que contener la emoción de su voz. María Teresa Uribe le pidió que no viniera a Medellín. Podía hacerlo peor. Él igual fue. Se encontró con Alejandro Reyes en el funeral. Alejandro, quien después de la muerte de Pardo Buelvas debió abandonar el Cinep, preso de una paranoia obsesiva que le hacía voltear la cabeza a cada paso, imaginando espías y asesinos en cada esquina, encerrado en su propia carne. Ahora no había escape.

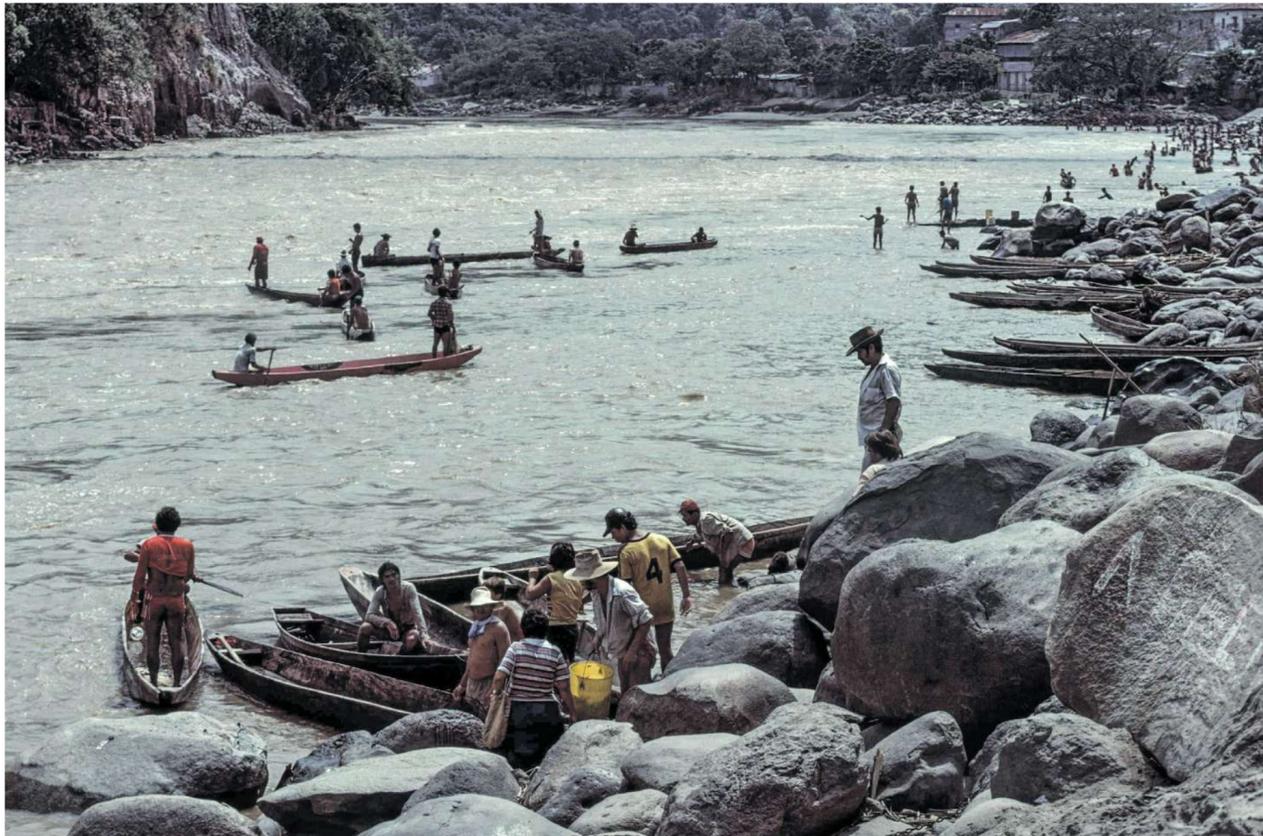
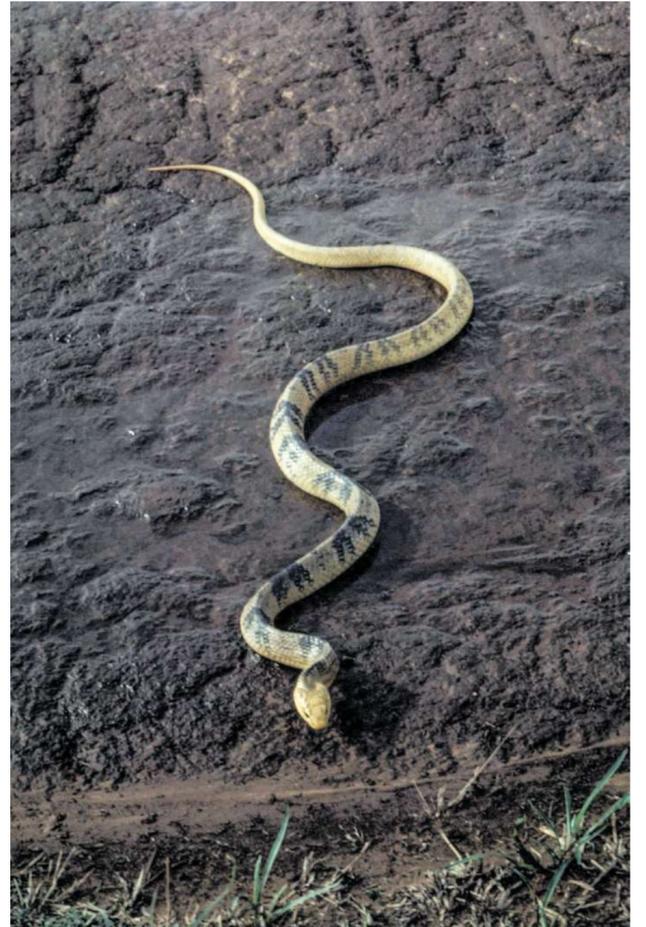
Apenas unos días más tarde, Alejandro visitó a Castaño. Más cínico, Castaño reveló que antes de la muerte de

Hernán le había llegado una carta “muy bonita”, de una gente de Medellín que quería hacer parte de las autodefensas, y fueron a hablar con él a pedirle permiso para matar a Hernán. Le dijo a Alejandro que su amigo merecía la muerte.

En su retiro, los generales Millán y Del Río fueron cubiertos de promesas por Álvaro Uribe y un concilio selecto en el hotel Tequendama. De Roux levantó el teléfono poco después y escuchó ese ronquido familiar: “Soy K.K. Camilo Morantes está muerto”.

En enero del nuevo milenio, Francisco escapó de la guerra para celebrar en Cali el matrimonio de Francisco José Lloreda, Kiko, el hijo del ministro, que sería director de la Asociación de Petróleo y Gas. El ministro acababa de renunciar a su cargo. Tenía cáncer. Pronto moriría. En silla de ruedas intentaba saludar. Era una de esas tardes caleñas en las que el aire huele a un pasado soñado.☺

\* Capítulo del primer libro de Simón Murillo, *Río abajo: vida de Francisco de Roux* que será publicado en septiembre.





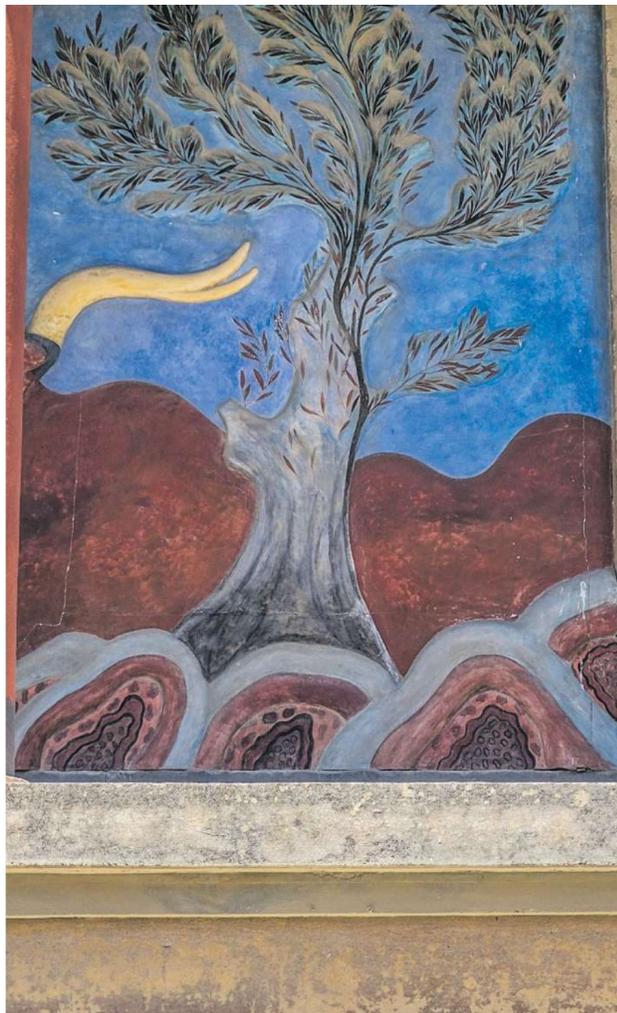
# EL TURISTA EN SU LABERINTO

por ALEJANDRO GAVIRIA • Fotografías por el autor

“ Los relatos de viajes se parecen a los de los sueños, solo le interesan verdaderamente a quien los cuenta”, leo en el celular por casualidad, como una especie de advertencia o admonición. Vamos en un ferri a toda velocidad, navegando entre Santorini y Heraklión, la capital de Creta. Son casi las tres de la tarde. Hace unas horas, antes de tomar el apresurado ferri hacia Creta, habíamos visitado un museo en Santorini que contiene miles de piezas de cerámica y unos cuantos frescos de la llamada cultura minoica, la primera gran civilización europea que desapareció misteriosamente hace 3500 años.

Tomé varias fotos (manías de turista) de una tendencia recurrente en las vasijas: espirales entrelazadas que, creo, aluden al paso del tiempo, al correr apresurado de los años. Alrededor de las cinco de la tarde llegamos a Heraklión, donde paradójicamente el tiempo parece detenido en los años setenta del siglo pasado. El centro de la ciudad está lleno de familias con bebés y gatos que retozan, desentendidos de los asuntos humanos. Los niños corren por las plazas. Las familias conversan plácidamente en las esquinas. Las señoras fuman en las aceras, impasibles a las miradas de los turistas y a los dictados de la salud pública. Las tiendas venden bordados y manualidades. Las paredes están llenas de consignas. Todo transmite una decadencia extraña, como si los residentes quisieran y no quisieran al mismo tiempo adentrarse por el camino sin retorno de la gentrificación.

Al día siguiente vamos a conocer el famoso palacio de Cnosos, el segundo sitio más visitado de Grecia después de la Acrópolis en Atenas, el misterioso palacio del rey Minos que fuera el epicentro de la cultura minoica. Queda a unos veinte minutos de la costa, rodeado de unos cerros amarillentos repletos de olivares. Hay una fila de menos de veinte personas en la entrada y los turistas están desperdigados en grupos pequeños en un área de más de un



Fresco en el palacio del rey Minos.

kilómetro cuadrado. Uno puede caminar tranquilo en medio de templos y edificios. La arquitectura del lugar es intrincada. Asumo una postura indiferente, casi nihilista, ante unas ruinas complejas, indescifrables.

Me llama la atención la sinceridad de los comentarios explicativos que acompañan las ruinas. Revelan una especie de escepticismo arqueológico. Sugieren que todas las interpretaciones (y buena parte de las restauraciones y reconstrucciones) son el resultado de la imaginación del arqueólogo inglés Sir Arthur Evans, quien descubrió el palacio a finales del siglo XIX. Un hijo y una cuñada trabajaron en la restauración. Librementemente abusaron de los colores fuertes y convirtieron la figura de un mono de uno de los frescos en la silueta de un niño. Los arqueólogos siempre han sido imaginativos, ¿qué más pueden hacer? La calle principal de Heraklión lleva el nombre Evans: arqueólogo, intruso y poeta.

Construido en la Edad de Bronce cretense, el palacio del rey Minos es casi una pequeña ciudad, un laberinto, el proverbial escondrijo del minotauro. Tuvo su esplendor hace cuatro mil años en el mismo momento en que los marineros de esta isla alargada dominaban el Egeo. La manía clasificatoria de los arqueólogos define la historia de las ruinas de forma previsible: protopalacio, palacio y pospalacio. Todo pasa, ya lo sabemos. Los palacios anticipan las ruinas. Un terremoto parece haber acelerado el fin de la civilización minoica, que, siglos antes de la guerra de Troya y milenios antes del auge helénico, dejó un legado misterioso en esta isla del sol y el viento. Los frescos muestran jóvenes avezados saltando encima de unos toros magníficos y unas sacerdotisas voluptuosas con serpientes en las manos. Una estética pagana que ha fascinado al mundo.

Hay algo de egipcio en los frescos y en las estatuas de ojos rasgados que vimos después en el museo arqueológico de Heraklión, donde tomé nuevamente fotos de las mismas espirales que se repiten en las innumerables vasijas y en los

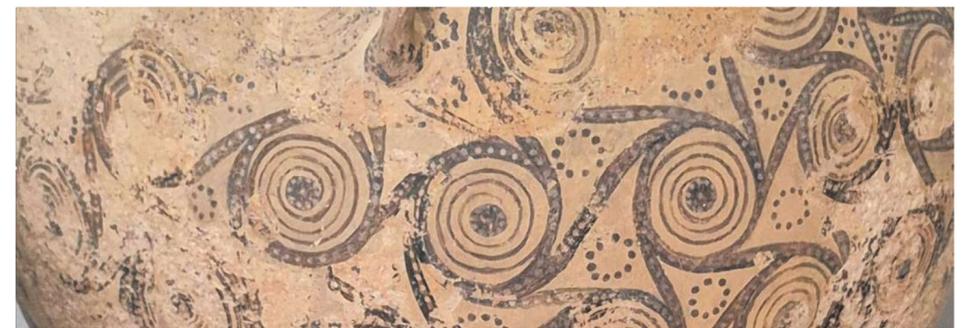
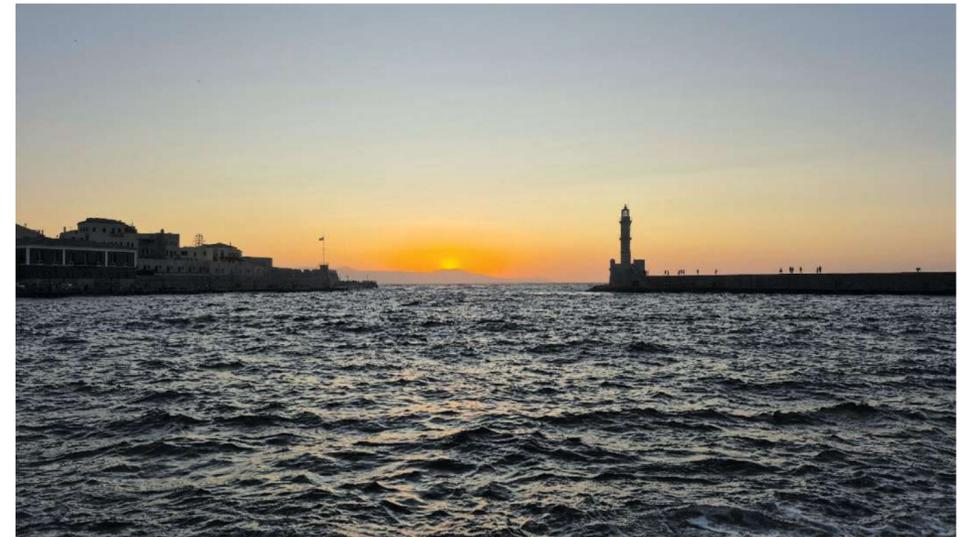
frescos restaurados. Uno puede combatir la ansiedad arqueológica con algo de contemplación existencialista, con la idea de que el tiempo va dejando una estela de misterio, una espiral inescrutable. Los minoicos escribieron en un lenguaje indescifrable, Linear A lo llamó Evans. Hay inscripciones en muchas partes, sobre dioses, guerras, amores y cosechas, puede uno suponer. ¿De qué más pueden escribir los seres humanos?

Creta fue el centro de la civilización europea hace 3500 años. Después fue invadida y sometida por los micénicos (los griegos continentales), los jónicos, los romanos, los venecianos, los otomanos y los turistas. Hay algo en esta isla que me recuerda lo que los italianos llaman *la cuestión meridional*, una especie de pasividad y resignación general ante los ocupantes foráneos. Varios de los cretenses nos dijeron: “Llévennos con ustedes a Colombia”. Uno siempre quiere huir. Incluso de una tierra bendecida por el sol, adornada por palacios de otros tiempos y profusa en viñedos y olivares.

Hay tantas ruinas, de tantas épocas superpuestas, que muchas están abandonadas. La abundancia lleva previsiblemente a la desidia. En Chania, la segunda ciudad de Creta, ubicada al occidente de Heraklión, adonde viajamos después de nuestra visita al palacio de Cnosos, las ruinas se confunden con las construcciones modernas. Hay apartamentos incrustados en las murallas venecianas y restos de otros palacios minoicos en varias partes, todas dejadas a la buena de Dios, como si las autoridades encargadas de proteger el patrimonio histórico se hubieran resignado a la manía de los seres humanos de construir en capas y hubieran adoptado, ellos también, el nihilismo arqueológico. ¿Qué es una ruina más ante la espiral del tiempo? ¿Qué historia distinta pueden contarnos los restos de otro palacio desenterrado?

Chania parece haberse adaptado razonablemente a una plaga de estos tiempos: los cruceros que desembarcan por unas horas y llenan las calles de miles de visitantes frenéticos, afectados por la fiebre consumista de tierra firme. Hay tiendas de *souvenirs* por todos lados, restaurantes en cada esquina y almacenes de marca aquí y allá. Pero si uno camina más allá del barrio de Kastelli, la ciudad luce tranquila, adormecida. Las galerías, librerías y cafés sugieren una gentrificación benigna. El Partido Comunista tiene una sede conspicua en el área gentrificada. Incluso los comunistas parecen haberse resignado a los cruceros y sus estropicios.

Tuve mi primer contacto con Europa y las islas griegas en el colegio, en la clase de estética que dictaba el profesor Ignacio Álvarez, quien solía viajar a Europa cada año y tomaba cientos de fotos que usaba después para combatir nuestra indiferencia. Probablemente en una de esas clases atisé las calles de Chania por primera vez, el fuerte veneciano, las callecitas estrechas y las construcciones



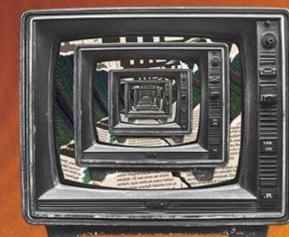
otomanas. Ignacio tenía una predilección extraña por fotografiar los trapos al sol en los balcones mediterráneos y las bicicletas y vespas parqueadas en las aceras que, muchos años después, en el puerto de esta ciudad deslumbrante, traté torpemente de imitar.

Chania es un paraíso para los fotógrafos. Los atardeceres duran varias horas. Cerca del puerto los turistas se aglomeran al final de la tarde y tratan de capturar la retirada del sol en sus celulares: una urgencia existencial que me hace pensar de nuevo en las espirales de las cerámicas y en las sacerdotisas propiciatorias que vieron este mismo sol y bendecían a los marineros heroicos (celebrados por Homero, incluso) que convirtieron hace milenios estas orillas en el centro del mundo, literalmente en el mediterráneo.

De Chania fuimos a una lejana playa de arenas rosadas, Elafonisi, que la inteligencia artificial anuncia como la mejor del mundo. Creta es una isla montañosa, de picos blancos en el invierno y lomas peladas por todas partes. La playa,

una gran reserva natural, no decepciona. La máquina —ese oráculo moderno de promedios de promedios— resultó ser una buena consejera turística. De regreso tomamos una carretera rural, estrecha, que serpentea por las montañas cretenses. El sol se escondía en el mar con una espectacularidad indescriptible. Un rebaño de cabras apareció súbitamente en la carretera. Todas tenían unos cencerros colgados que dejaban escapar un tintineo sigiloso que ha acompañado la puesta del sol desde los tiempos del rey Minos. Perdonarán los lectores la expansión lírica, pero a veces resulta imprescindible.

El turismo se presenta como entretenimiento, pero tiene una dimensión dramática, es también un peregrinaje espiritual, un intento por salirse de esa sucesión rutinaria que suele ser la vida de casi todos. El turismo es una lucha contra el paso del tiempo que quise ver en las cerámicas cretenses, en las espirales entrelazadas. El turismo intenta consolar a Sísifo. Ni siquiera en Creta puede uno escapar del laberinto. ©

**MUESTRA DE VIDEO & EXPERIMENTAL**

Agosto 13 a 16

vartexmedellin.co

# Etnogomelismo

por EZEQUIEL DE URICOECHEA • Ilustración de Jenny Giraldo

Hay quienes hacen turismo espiritual y quienes se quedan a vivir en él. En algunas ciudades —de las que no diremos nombres, pero que combinan teleféricos, arquitectura suiza tropical y muchas ganas de salvar el alma a través del diseño— ha emergido una sensibilidad que se autodenomina “conectada”. Conectada con la tierra, con la sabiduría ancestral, con los pueblos originarios, con los ciclos lunares, con su útero (incluso si no lo tiene) y, sobre todo, con un sentido de autenticidad cuidadosamente curado en Instagram. Una forma de estar en el mundo con los chakras abiertos, la billetera medianamente llena y el algoritmo bien entrenado para mostrar únicamente experiencias con luz cálida y guayabas fermentadas.

El etnogomelismo no es una corriente, es una actitud. No busca apropiarse de lo étnico; lo renta. Se envuelve en ponchos de alpaca (probablemente hechos en China), practica yoga con mantras en quechua o chibcha y se alimenta de una dieta “plant-based” ancestralmente vegana —aunque ningún jaguar sepa que es un hummus de remolacha con tucupí—. Va a retiros de silencio donde no se calla nunca y toma yagé en círculos terapéuticos que inician con la lectura de un poema de Rumi y terminan con una *playlist* en Spotify titulada Cacao y expansión del corazón.

La tendencia es clara: ya no basta con comer saludable y decir palabras que empoderen. Ahora toca “honrar los linajes” y “perdonar a los antepasados”. Se “honra” y “perdona” todo a la vez: lo afro, lo ayurvédico, lo indígena, lo prehispánico, lo cósmico. Pero siempre con una curaduría sutil, una estética difuminada que permite que lo ancestral entre a la sala sin poner en peligro la blancura del sofá. Así es el etnogomelismo: una espiritualidad selectiva, un bufet místico en el que se puede tomar un poco de cada pueblo sin tener que cargar con los problemas de ninguno.

Este nuevo tribalismo espiritual no discrimina geografía: lo importante es que haya sahumero. La mezcla es libre, como en una ensalada mística de quinoa intercontinental. Se toma la ceremonia de la ayahuasca, se le quita el contexto ritual, se le pone un logo minimalista, se incorporan unos cristales y se vende como “experiencia sanadora de raíz amazónica con acompañamiento psicoterapéutico integral”. En el paquete viene incluido el test de eneagrama, una manta tejida (importante para la foto) y un espacio seguro para llorar en círculo, con almohadones artesanales. Hay que creer en el “proceso”.

No se trata de apropiación, dicen, sino de admiración profunda. Pero es una admiración que suele traducirse en camisetas bordadas, aretes “artesanales” por catálogo, y ferias de bienestar donde se mezcla danza de la lluvia con consultoría estratégica. Hay chamanes certificados por cámara de comercio, terapeutas holísticos con tarjeta profesional y círculos de palabra conducidos por personas que piensan que Putumayo es



el nombre de un jardín botánico o un patrón textil.

En el fondo, lo “ancestral” es apenas una textura. Un adorno espiritual para una vida que ya no se aguanta a sí misma, pero que necesita justificarse con algo más profundo que el *brunch* del domingo, también hay *brunch* ancestral, faltaría más. Hay quienes se especializan en el temazcal para ejecutivos, otros en la danza medicinal, y no falta el que hace “lecturas de energía andina”

después de un curso virtual de seis horas. La titulación no es lo importante; lo que cuenta es el *branding*. Todo es étnico, todo es vibracional y cosmogónico, todo es una invitación al desapego..., a 350 USD por sesión.

Eso sí, nunca falta la advertencia: todo se hace “con respeto”. Un respeto que, curiosamente, no se traduce en redistribución, derechos territoriales, en reconocimiento político o económico. Solo en una sensibilidad aromática. En

un respeto muy rentable, que encuentra en lo indígena, lo afro, lo místico o lo simbólicamente exótico un catálogo inagotable de productos emocionales para una vida urbana que se siente vacía, pero no tanto como para dejar de monetizar su vacío.

La clave está en el blanqueamiento, no solo de piel sino de sentido. Se limpian los bordes incómodos, se omiten las luchas, se neutraliza lo político. Lo que queda es un objeto cultural sin conflicto, listo para habitar espacios de *coworking* o para ser tema de conversación en una cena donde todos comparten lo mismo: un deseo profundo de pertenecer a algo sin tener que renunciar a nada.

Y así, lo ancestral se convierte en la nueva decoración de interiores del alma. Un estilo de vida hecho de retazos culturales, de fragmentos de sabiduría reempaquetados con tipografía serif. La mezcla es tan libre como la culpa. Y si hay dudas, se limpia con copal. Mientras tanto, la industria de la moda nacional también hace su parte. Diseñadores iluminados lanzan colecciones “inspiradas en la memoria ancestral”, que es como decir: tomé elementos gráficos de pueblos que no visité, los reinterpreté en lino, y los vendí en una pasarela *boutique* con personas que parecen europeas de 1.80.

El fenómeno ha llegado tan lejos que incluso algunas instituciones —esas mismas que antes solo creían en los indicadores y el capital humano— han incorporado un nuevo tipo de liderazgo: el guía espiritual con corbata invisible y camisa ancha de algodón “virgen”. Se sienta en la sombra, pero todo lo aprueba. Define qué es correcto, qué es “coherente con el propósito” y qué actividad conecta realmente con el “ser profundo de la organización”. No tiene cargo, pero tiene palabra sagrada y una apetitosa remuneración. Y eso, en ciertos consejos directivos, pesa más que la experiencia gerencial.

El etnogomelismo avanza, como un algoritmo de bienestar que todo lo suaviza, todo lo armoniza, todo lo reduce a experiencia de usuario. Se cree rebelde, pero es profundamente conservador. Se presenta como alternativa al capitalismo, pero está perfectamente alineado con el mercado. Tiene espíritu crítico, pero solo cuando no incomoda al cliente. Porque al final del día, lo ancestral, en versión etnogomela, debe ser sobre todo útil, aséptico y compartible.

Lo curioso es que, en esta búsqueda de autenticidad, todo termina estandarizado. Las palabras, las ropas, las posturas, los aceites esenciales. Da lo mismo si se trata de una ceremonia maya o un círculo celta: siempre hay un *mat* de yoga, un ario tocando quena y un fotógrafo capturando el momento “de expansión”. La intención es pura, dicen, pero el resultado es una espiritualidad de catálogo, donde lo único sagrado es la foto. Así seguimos entre canciones, medicina con autotune y sahumeros con diseño escandinavo; construyendo una espiritualidad del consumo donde lo sagrado es un *hashtag*, lo colectivo, una *app* de reservas y lo étnico, un nicho de mercado con proyección de crecimiento. ☺



EL ÁGUILA DESCALZA

El Teatro Prado de EL ÁGUILA DESCALZA, antes Palacio Medina y luego Palacio de los Rodríguez, es ahora el Museo Teatro Prado y abre sus puertas con la exposición Medellín 1900-1940.



La pieza principal del museo es la casa misma que en 1919 ganó el concurso a la Fachada más bella de Medellín.

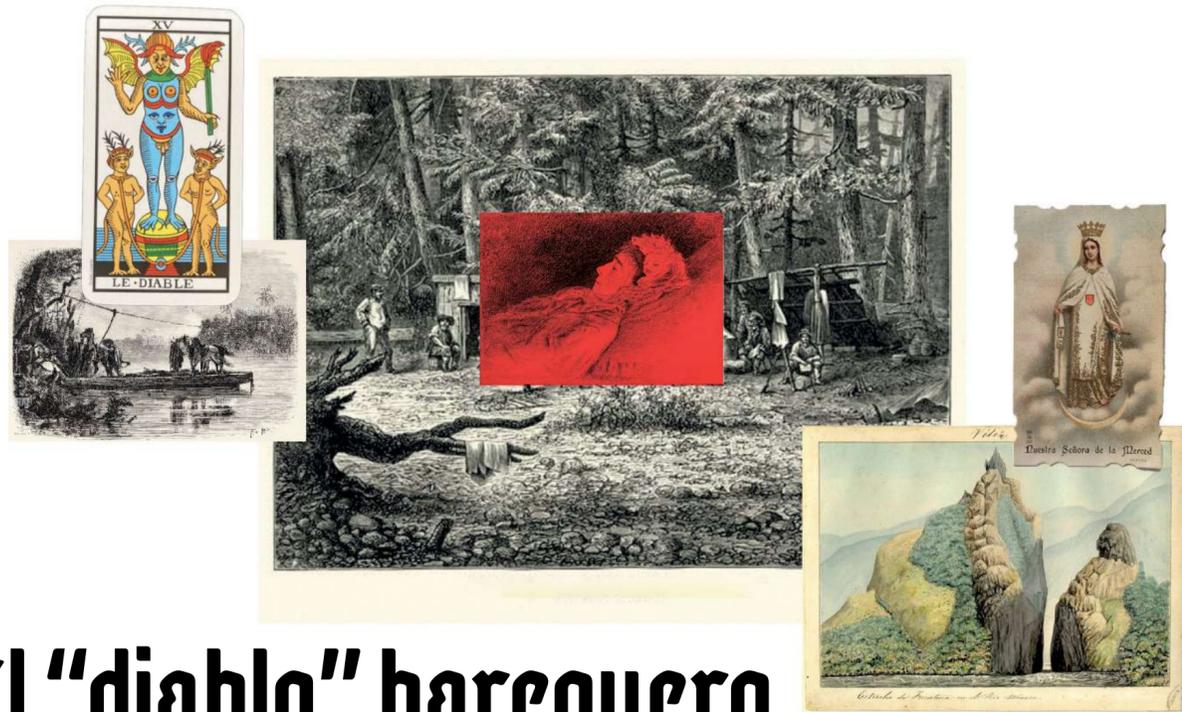


MARTES A SÁBADOS DE 11:00 A. M. A 6:00 P. M.  
Consulte tarifas en [www.aguiladescalza.com.co](http://www.aguiladescalza.com.co)

Con el apoyo de:



Las letras a continuación relatan un desenlace salpicado de sangre y ensombrecido con la pena capital primero, y los barrotos del panóptico después, pero su centro son la sed de venganza y la ira que llevaron al abismo la vida de esta pareja antioqueña de hace más de un siglo.



# El “diablo” barequero

## Segovia, 1894

por FELIPE OSORIO VERGARA • Ilustración de Sr OK

“El extranado maridito suyo la acometió a cuchillo, dejándole sangrantes claveles rojos en distintas partes del cuerpo”.

Alfonso Upegui, ‘Don Upo’, en Irene lo extrañó por viejo; y él la mató de siete puñaladas.

El vapor se levantaba de esa plancha a carbón al contacto con la ropa húmeda, mientras Simona Carvajal la deslizaba con destreza para que ni un tizón ni una sola partícula de ceniza mancharan la ropa que con tanto esfuerzo había lavado y descurtido en las quebradas la Guananá y la María Dama. El calor húmedo de esas selvas auríferas del nordeste cedía a medida que el sol sabatino de ese 22 de diciembre de 1894 se ocultaba en el horizonte. De repente, unos golpes en la puerta de madera interrumpieron el silbido del vapor. Era él, Manuel Córdoba, con quien recientemente había terminado su noviazgo. Simona ignoró los golpes y llamados, confiando en que la palabra no dicha tuviera la fuerza suficiente para hacerle entender a ese hombre de 23 años que ella ya no lo quería, que estaba harta, que se fuera.

Sin embargo, obnubilado por la furia, Manuel tumbó la puerta y “se lanzó al interior de la sala y tomándola por los cabellos, a los empellones, la sacó a la calle. Una vez allí, el furibundo Córdoba continuó arrastrando a la infeliz mujer en un trayecto de 46 metros al propio tiempo que le daba fuertes puntapiés y rudos golpes contra el pavimento cascajoso de la calle”, se narra en la *Revista Forense de Medellín*, de diciembre de 1898. Varios testigos que transitaban por esa zona de Segovia corrieron a auxiliar a Simona y tratar de contener a Manuel, pero este, al sentir los manotazos y los empujones, sacó un cuchillo y empezó a blandirlo para ahuyentarlos. Una vez alejados los transeúntes, que huyeron en busca de más apoyo del vecindario, Manuel se despachó en insultos hacia Simona, que yacía malherida en el suelo. Luego, tomó su cuchillo y le atravesó el cuello e hirió la frente. Se levantó, y sin importar que tenía los ojos de medio Segovia encima, se sacudió su ropa con salpicaduras carmesí y corrió por la calle como alma que lleva el diablo; sí, el mismísimo diablo, como muchos testigos lo compararon posteriormente.

Simona Carvajal, por su parte, quedó tendida sobre el cascajo, mientras una hemorragia del cuello se llevaba sus últimos alientos de vida. Los vecinos, especialmente las mujeres, la recogieron con celo y la cargaron hasta su casa, donde no valieron los pañuelos con presión sobre la cuchillada, ni los intentos de torniquetes, ni mucho menos las veladoras y las oraciones a la Trinidad, a la Virgen

del Carmen, a Santa Bárbara y al santoral católico completo; ni aun los rezos a las otras devociones mágicas presentes en esa Antioquia minera, crisol étnico y religioso sirvieron para disipar la hoz de La Parca, que ya había decidido su partida. Expiró instantes después.

Mientras el pueblo se agolpaba en la casa de Simona, Manuel escapó un par de kilómetros hasta la mina donde trabajaba y le contó al director lo que había hecho. Este último, aterrado por el crimen, temiendo por la integridad suya y de sus otros trabajadores, y también por la reputación de la empresa, dio parte a las autoridades y lo entregó.

### Un minero de río

Manuel Córdoba era minero, como casi todos en esas selvas ardientes del nordeste. Trabajaba en la mina La Cecilia, que pertenecía a la Frontino Gold Mines, empresa inglesa que había adquirido los derechos de explotación de una amplia faja de tierra en Segovia desde 1852, cuando el municipio ni siquiera existía y era un incipiente caserío de mazamorreros que llamaban Tierradentro. La Cecilia era una mina de aluvión, es decir que el oro era extraído del río, por lo que los mineros de allí llevaban un estilo de vida casi anfibio. Pasaban la mayor parte del tiempo metidos en el río, casi desnudos, con sencillos pantalones cortos de liencillo blanco, tipo paruma, zambulléndose al fondo para excavar arena y barequearla, a la espera del hallazgo de una esquivia pepita de oro, o al menos de un poco de polvillo dorado en

el fondo de la batea de madera. Sus noches y dominicales eran para los fandangos y las parrandas, en las que ahogaban el cansancio con aguardiente de alambique y medían fuerzas en trifulcas a la luz de las velas y el zumbor de los zancudos dentro de barracas de macana y abarco, como diría Tulio Ospina en 1894 en *Un demonio anfibio*: “En medio de la noche [...] aquellos hombres, que en un clima deletéreo, rodeados de peligros que las tinieblas aumentan, y sometidos a la más ruda fatiga, cantan, ríen y se chancean, con jovialidad inalterable”. En ese contexto, Manuel debió agrair su ya de por sí colérico temperamento y hasta volverse “liviano” de espíritu, lo que había desencantado a su novia Simona. “Córdoba era un hombre de carácter iracundo y arrebatado”, se describe en la *Revista Forense*, que se encuentra en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

Lo más probable es que esas “livianidades” que motivaron a Simona a dejar un noviazgo de cuatro años estuvieran marcadas por el alcoholismo, el juego, las infidelidades y hasta la violencia por parte de Manuel. Incluso, no sería de extrañar que la hubiera contagiado de alguna enfermedad de transmisión sexual —como Josué a Miriam en *La Oculta* de Faciolince— y eso motivara la ruptura. Es que, en esas minas alejadas, el trabajo sexual y las enfermedades pululaban. Según los médicos de la época y hasta bien entrado el siglo XX, en los campamentos mineros de Segovia la sífilis y la gonorrea, llamada entonces blenorragia, eran consideradas por la población

como meras enfermedades pasajeras que un buen bebedizo podía curar, cual si fuera un simple moquillo o dolor de estómago, por lo que estaban sin control. “Para los obreros segovianos, padecer sífilis o blenorragia representaba ostentar un certificado de virilidad. Por lo cual, exhibían las marcas de la infección venérea con orgullo”, anota la historiadora Leidy Ossa, citando informes médicos de entonces, en *Medicalización de la clase obrera en Frontino Gold Mines y en Segovia (Antioquia)*.

### Venganza y sentencia

Ante la determinación de Simona de cortar con él, Manuel planeó su venganza. Regó en Segovia el rumor de que ella le había sido infiel, poniendo a su favor a la gente para lo que se avecinaba. Así, la fecha escogida para consumir su venganza fue la noche del 22 de diciembre, aprovechando que era sábado y que la mayoría del pueblo estaba de juerga o haciendo los preparativos para la Navidad. Su crimen, descrito previamente, lo llevó a la cárcel por más de tres años en calidad de detenido mientras se realizaba la investigación y se dictaba sentencia. El asesinato de Simona encaja dentro de una lógica patriarcal de violencia estructural, que como lo explica la investigadora de la Universidad de Granada María Luisa Maqueda, al sentir que pierden control sobre sus parejas —al terminarlas, irse o serles infieles— muchos hombres sienten que su autoridad, su poder y su “honor” se ven amenazados y temen ser juzgados por sus pares, por lo que apelan al homicidio como un acto de castigo, revancha y reafirmación simbólica del poder hegemónico masculino.

Aunque la *Revista Forense* no da mayores detalles sobre el proceso de Manuel y su expediente se perdió en el tiempo, se sabe que se confirmó su autoría en el homicidio y que este se tornó en asesinato en tanto la venganza fue premeditada e incluyó “tormentos o algún acto de ferocidad o de crueldad”, lo que de acuerdo con el artículo 598 del Código Penal de 1890, le hizo merecedor a la pena de muerte. “El Tribunal Superior del departamento del Centro, en sentencia de 18 de junio de 1897 confirmó la pena de muerte impuesta por el juez primero superior, y dispuso que la ejecución se verificara en la plaza pública del municipio de Segovia”. Posteriormente, el Tribunal pasó el expediente a la Corte Suprema de Justicia y al Consejo de Estado, quienes lo estudiaron y confirmaron la sentencia. Cabe anotar que el vicepresidente de la República, José Manuel Marroquín, se negó a conmutar la pena y devolvió la causa al Juzgado en Antioquia para su cumplimiento. Una vez recibida la respuesta del vicepresidente, el Juzgado Primero Superior de Medellín dictó auto confirmatorio: “Habiéndole negado al reo Manuel Córdoba Zapata todo recurso y la gracia de conmutación, debe procederse a la ejecución de la pena de muerte que le fue impuesta”.

El cado

La pena de muerte estaba regulada en el Código Penal de 1890 con siete artículos que explicaban su procedimiento, y estuvo vigente hasta 1910. En esa Colombia de finales del siglo XIX, con pequeños pueblos y aldeas desperdigadas en esa quebrada geografía, y aun en las ciudades capitales, todavía tan parroquiales, la ejecución de un reo agolpaba multitudes de toda clase. Apenas los pregoneros anunciaban con sus proclamas que se daría una ejecución, las gentes abandonaban sus labores y corrían a rodear el centro de la plaza: desde los ruanetas con sombrero jipijapa y a pie limpio, pasando por el artesano y pequeños comerciantes, hasta las gentes ilustres con sombrero de copa

y mantilla de encaje que balcaneaban desde sus casas señoriales que demarcaban la plaza.

La ejecución era la teatralización de la muerte, un espectáculo público para expresar el poder por parte de las autoridades, escarmentar a la población y mostrar el rigor del imperio de la ley; el fusilamiento, como una versión del talión decimonónico, era visto como una manera de calmar la sed de justicia del pueblo y del alma de la víctima, así como la sangre de Abel clamó justicia en el Génesis. “En las ceremonias del suplicio, el personaje principal es el pueblo, cuya presencia real e inmediata está requerida por su realización. Un suplicio que hubiese sido conocido, pero cuyo desarrollo se mantuviera en secreto, no habría tenido sentido. El ejemplo se buscaba no sólo suscitando la conciencia de que la menor infracción corría el peligro de ser castigada, sino provocando un efecto de terror por el espectáculo del poder cayendo sobre el culpable”, expone el sociólogo francés Michel Foucault en *Vigilar y castigar*.

De este modo, el condenado a muerte se ataviaba con ropa negra, como adelantando su propio luto, y era sacado por una escolta de policías, magistrados y sacerdotes para que deshiciera sus pasos desde la cárcel hasta la plaza; como si fuese un simulacro de su cortejo fúnebre. Una vez llegado al patíbulo, el pregonero comenzaba a gritar el nombre completo del condenado, su lugar de origen y residencia, y el delito que había cometido, rematando con filosa advertencia: “Ha sido condenado a la pena de muerte, que va a ejecutarse. Si alguno levantara la voz, pidiendo gracia, o de cualquiera otra manera ilegal tratase de impedirlo, será castigado con arreglo a las leyes”. Consumada la sentencia, que se hacía con fusilamiento, un sacerdote se paraba al lado del ajusticiado y elevaba una plegaria al cielo. Para concluir el macabro espectáculo, el cadáver era expuesto por dos horas y solo pasado ese tiempo era entregado a sus familiares, y en caso

de no haberlos, sepultado en fosa común o donado para “disecciones anatómicas”. Esa era la suerte que aguardaba a Manuel Córdoba.

### Los telegramas

El miércoles 26 de octubre de 1898, casi cuatro años después de su delito, fue sacado del calabozo en Medellín y entregado a las autoridades, quienes apenas rompió el alba del día siguiente lo transportaron con numerosa escolta hacia Santa Rosa de Osos. Allí sería entregado al prefecto de aquel territorio por tener jurisdicción sobre las regiones Norte y Nordeste para que ejecutara la sentencia el jueves 3 de noviembre en Segovia. En esa marcha por los campos fríos del altiplano norte, Manuel debió recordar cada escena de su vida, o bien analizar cada detalle del mundo que estaba por dejar, como tratando de huir de su realidad e imaginando que se quedaba en una de esas casas de campo y no que iba al cadalso, como diría Raskolnikov en *Crimen y Castigo*: “Así les ocurre, sin duda, a los condenados a muerte: cuando los llevan al lugar de la ejecución, se aferran mentalmente a todo lo que ven en su camino”.

A las 2 de la tarde del día 27 fueron notificados el fiscal de Segovia y el defensor del condenado sobre la ejecución que tendría lugar y, como pueblo chiquito, infierno grande, el rumor creció como espuma y, antes de que Manuel Córdoba entrara al municipio, ya todos sabían de su destino. “Como todos los incidentes relativos a la ejecución de la pena habían pasado en silencio, la noticia del fusilamiento de Córdoba cundió rápidamente en la ciudad y despertó en sus habitantes un vivísimo sentimiento de conmiseración y de lástima para con el desgraciado reo”, relata la *Revista Forense*. Así, el caso de Córdoba unió a diferentes notables antioqueños, quienes entre el 28 y 31 de octubre enviaron telegramas al vicepresidente Marroquín y al presidente Manuel Antonio Sanclemente pidiendo clemencia. Por ejemplo, personajes de la

talla de Marceliano Vélez, Fidel Cano o Abraham Moreno, y hasta el mismísimo obispo de Medellín firmaron el siguiente telegrama: “¡Gracia, excelentísimo señor, para ese infeliz criminal! Os habéis mostrado patriota, probo, justo, conciliador, deferente con la opinión pública: luzca hoy junto a prendas tan hermosas la clemencia [...] No dejéis que se tiña de rojo la era que vos mismo habéis vestido de blanco”. Mientras que Anselmo Córdoba y Juana Zapata, padres de Manuel, dirigieron este telegrama: “Por la memoria de vuestros padres, por el amor de vuestros hijos, por Cristo Dios, a quien adoráis, gracia, señor, para nuestro desdichado hijo Manuel Córdoba Zapata, piedad para nosotros”.

Los recién posesionados presidente y vicepresidente enfrentaban una encrucijada: ¿aceptaban el clamor popular y conmutaban la pena capital, mostrándose piadosos, pero también débiles desde el comienzo de su mandato? ¿O continuaban con la ejecución y se mostraban drásticos y duros? Bien decía el marqués italiano Cesare Beccaria en su *Tratado de los delitos y de las penas* —muy leído entre los juristas de los siglos XVIII y XIX— sobre este dilema: “Hacer ver a los hombres la posibilidad de perdonar los delitos, y que la pena no es necesaria consecuencia suya; es fomentar el halago de la impunidad [sic]”, y recomendaba el draconiano tratadista: “Las leyes sean inexorables y los ejecutores inflexibles”. En definitiva, pudo más la presión pública y el 2 de noviembre de 1898 el vicepresidente José Manuel Marroquín, en virtud del artículo 119 de la Constitución Política de 1886, dirigió al gobernador de Antioquia el siguiente telegrama: “El doctor Sanclemente quiere otorgar gracia al reo Córdoba que debía ser fusilado mañana en Segovia. Ruego a su señoría dicte órdenes para que se suspenda la ejecución”. Y al día siguiente se publicó el Decreto 197 de 1898 que dice: “Deseando inaugurar su administración con un acto de clemencia que salve la vida a dos infelices colombianos, decreta: conmutése la pena de muerte impuesta a los reos Manuel Córdoba Zapata y Francisco Chiripús, por la de veinte años de presidio que sufrirá cada uno; el primero en el panóptico de Medellín, el segundo en el de Pasto”.

Ese acto de piedad con que se inauguró la presidencia de Sanclemente fue posteriormente equiparado por sus detractores más recalitrantes como un adelanto de lo que sería su mandato: uno marcado por la debilidad institucional y la vulnerabilidad del presidente a las conspiraciones y la inestabilidad, que alcanzarían su culmen con el estallido de la Guerra de los Mil Días en octubre de 1899 y con su derrocamiento por parte de su propio vicepresidente.

Ahora bien, volviendo a Manuel Córdoba, puede decirse que fue salvado por el pueblo, como lo fue Barrabás en los evangelios. Aunque la población a veces contemplaba con pasividad las ejecuciones, sin un asomo siquiera de rechazo al desventurado destino del condenado, sucedía que otras tantas se precipitaba a llamar por misericordia, algo que el sociólogo Foucault acotaba como una especie de “rebeliones” populares en rechazo del poder punitivo de las autoridades, donde el pueblo trastornaba y transgredía el ritual de los suplicios. En este caso, no se sabe cuál fue la chispa que encendió la misericordia de tantas personas, especialmente en una Antioquia tan seducida por el populismo punitivo, lo cierto es que Córdoba se escapó de la muerte y cumpliría su condena en la cárcel. Allí, quizá el recuerdo de la voz de Simona o la silueta de su rostro le atormentarían, así como debieron torturarlo eternamente las escenas imborrables de su crimen: los gritos, el brillo del cuchillo y el olor ferroso de la sangre. ©

REVISTA FORENSE	353
Excelentísimo Sr. Marroquín.—Bogotá.	
Si fuese posible salvar vida reo Córdoba, de Segovia, qué hermoso acto clemencia de nueva era! Perdono esta súplica, conmi a Excelentísimo Dr. Sanclemente.	
—	
Aljandro Botero U.	
Medellín, 28 de Octubre de 1898.	
Excelentísimo Sr. Vicepresidente.—Bogotá.	
Por la memoria de vuestros padres, por el amor de vuestros hijos, por Cristo Dios, a quien adoráis, gracia, señor, para nuestro desdichado hijo Manuel Córdoba Zapata, piedad para nosotros!	
—	
Anselmo Córdoba.—Juana Zapata.	
—	
Medellín, 31 de Octubre de 1898.	
Orónia, Autonomista, Rego X, Heraldo, Clamor Público, &c.—Bogotá.	
Ruégole insinúen inauguración Gobierno Sanclemente con perdón para reo Manuel Córdoba. Ejecutaránlo jueves, Segovia. Suplico Crónica haga conocer ésto a demás colegas.	
—	
Espectador.	
—	
Medellín, 31 de Octubre de 1898.	
Dr. Rafael Uribe Uribe.—Bogotá.	
Mutis, cuando Ministro, ordenó fusilarse Córdoba sin notificarle sentencia definitiva. Harálo así! A Defensor notificaréle ocho (8) horas después partida reo para Segovia.	
—	
CANO.	
—	
Bogotá, 2 de Noviembre de 1898.	
Cano, Lotero.—Medellín.	
Sr. Vicepresidente acaba de avisarme que ordenó suspéndase ejecución sentencia Manuel Córdoba, y que Dr. Sanclemente desea conmutarle pena capital.	
—	
PARRA.	
—	
Bogotá, 2 de Noviembre de 1898.	
Espectador, Concordia.—Medellín.	
Después conferenciar Sr. Marroquín dicen ejecución suspendida por deseo Sanclemente, quien conmutará.	
—	
Rayo X, Autonomista, Heraldo, Clamor.	

Algunos telegramas enviados a favor de Manuel Córdoba y transcritos en la *Revista Forense*, serie 1, n.º 9, diciembre de 1898. Foto: Biblioteca Pública Piloto, Sala Antioquia, ficha 663172.

# EL POEMA DE MI AMIGA

POR LUIS FELIPE FABRE

Cuando leo mi poema la gente llora, me confiesa. Pero tú no, me recrimina: yo te he visto, me señala, tú no lloras, me subraya, tú no lloras cuando leo mi poema, me recalca. Me pregunta: ¿Qué a ti no te importa lo que pasa en este país? ¿No te duelen los muertos?, ¿los miles de muertos? ¿Las mujeres violadas? ¿Los migrantes masacrados? ¿Los secuestrados? ¿Los desaparecidos, los acallados, los silenciados por la violencia, por los criminales, por el gobierno, por los militares, por los medios? Todos a los que yo doy voz en mi poema, ¿no te importan?, me pregunta, me cuestiona, me recrimina, me reclama. Pero a la gente sí, me explica, me aclara: la gente aplaude, aplaude mucho cuando leo mi poema, la gente llora y aplaude y luego la gente se me acerca, me dice cosas. Me susurra: la gente me dice que le gusta mucho mi poema. Pero tú no aplaudes, me confronta, o aplaudes poco, me describe, porque a ti no te importa, me dice, a ti no te importa, me repite, a ti no te importa, me insiste, a ti no te importa lo que pasa. Lo que pasa es que me tienes envidia: me descubre. Lo que pasa es que a ti te hubiera gustado escribir mi poema: me acorrala. Lo que pasa es que tú no podrías escribirlo: me vence: me aplasta: no podrías escribirlo porque a ti no te importa lo que pasa.

\*\*\*\*\*

- 1 Las autoridades hacen un llamado a la población a mantener la calma.
- 2 Las autoridades hacen un llamado a la población a permanecer en sus hogares.
- 3 Las autoridades aseguran que se están tomando las medidas pertinentes para controlar la plaga zombi.
- 4 Son las 4:00 a.m.: la luz sale por las ventanas: las televisiones y las computadoras de todos los mexicanos permanecen encendidas como veladoras: lámparas devotas que son una plegaria insomne para que la noche de los zombis termine.
- 5 Ciudadana, ciudadano: si sospechas que un vecino, amigo o familiar ha sufrido un contagio zombi repórtalo de inmediato a cualquiera de los números de emergencia: México necesita de tu cooperación.
- 6 Zombis en las calles. Zombis en las oficinas. Zombis en el centro comercial. Zombis en el metro. Zombis en los parques. Zombis en las azoteas. Zombis en el departamento de abajo.
- 7 Información importante: las clases de baile hawaiano se suspenden hasta nuevo aviso.

\*\*\*\*\*

Una bolsa vacía, blanca, de plástico. Una bolsa de supermercado con la que el viento juega a los fantasmas. Una bolsa que se arrastra por la calle desierta y se eleva sobre la calle, sobre las casas, las fábricas, los edificios, se eleva: sobre los muertos, sobre los vivos, sobre los zombis, sobre nuestra miseria se eleva y se eleva sobre sí y nos hace alzar la vista: una bolsa vacía y levitada como el corazón de un santo: aleluya, aleluya.

\*\*\*\*\*

Encuétranos en la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Carabobo-Muestras universitarias.

**STAND U15**

Novela  
Cuento  
Ensayo  
Teatro  
Rescates  
Poesía  
Urbanismo  
Partituras

Divulgación Pública de la Ciencia  
Investigación Académica

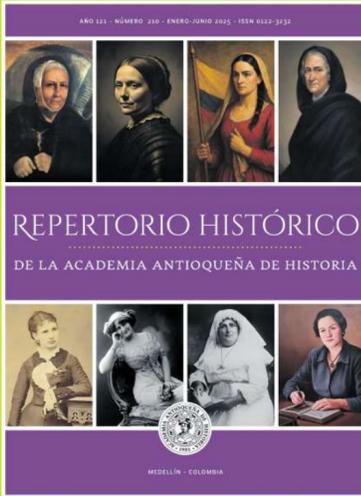
Inspirar talentos  
Difundir conocimiento  
Transformar a la sociedad

Editorial EAFIT

Ya está en línea la 210ª edición de Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia.

Este número dedicado a las mujeres que han construido la historia de Antioquia.

Disponible aquí:


II FESTIVAL FOTOGRAFICO DE MEDELLIN BPP

IMPRESIONES TOCAR LO QUE SE VE [ AGOSTO 12 AL 16 ]



Fotógrafo del parque. Fondo León Francisco Ruiz [1974]

**BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO**

CARRERA 64 # 50 - 32 BARRIO CARLOS E. RESTREPO

PARA MÁS INFORMACIÓN: [proyectos@bpp.gov.co](mailto:proyectos@bpp.gov.co) | <https://cosmoteca.gov.co/festival-fotografico>

APOYA ALIADO ORGANIZA



# DE LA VEZ QUE Y LOS PARACOS AL

# LA TOMBA SE BAJARON CALAVERO

por LINA ALONSO • Ilustración de Mónica Betancourt



**T**ení trece años. Esa primera vez el miedo le ganó al frío y el orgullo al cansancio. Lo que no sabía era que iba a ser la primera de muchas; esa tarde llegué del colegio, terminé las tareas, pa fuera uniforme y me fui a la plaza de artesanos del Tunal, estaba haciendo carrera de jipi trenzando mis primeras manillas con los colores de la bandera rastafari. Ella me había advertido que si no llegaba a las nueve mejor me quedara donde me trasnocharan. Ya en la plaza, como siempre, comenzó la vaca para el Tequimón, alguien sacó una grabadora que salpicaba algo de Sepultura, los punkos cayeron con gale y el Calvo con su bareto, pero hubo algo esa noche, habían matado al Calavero, un guitarrista ambulante todo chirri y flaquísimo que vivía por Guacamayas, en la loma del 20 de Julio, otro del parche. Así que tanto gale, bareto y Tequimón pasaron por la boca de todos. Era 2007 y sabíamos que el cuento de las limpiezas sociales en los barrios se estaba calentando, pero eso era algo que solo les pasaba a los habitantes de calle que comenzaban a amanecer con disparos en los postes, arrumados con los cartones que trasteaban; luego comenzaron también con los burros y los mechudos. El Duende, un punkero de vieja data que bajaba cada tanto de San Cristóbal, nos dijo: “Están agarrando a cualquiera que llegue después de las once de la noche y vea, taluego”, mientras se pasaba los dedos torcidos por la garganta simulando un tajo.

El caso es que llegué esa misma noche a las diez y pico, no me abrieron la puerta, me habían prometido las llaves de la casa para cuando cumpliera los quince, me faltaban dos, entonces, y para vengarme un poco, me agarré del timbre porque, hijueputa, si me va a dejar por fuera pues que tampoco duerma, de malas, fue ahí que salió por la ventana y me dijo: “Voy a llamar a la

policía si me sigue jodiendo la vida, maricona de mierda, porque se la echo y no me tiembla la mano”. Y después de escuchar que al Calavero lo había matado una gente con ayuda de la tumba agarré a correr, bien empinada con mis punteras, bien rasgada con las mallas que dejaban entrar como avispones las primeras punzadas del frío. El teléfono público más cercano quedaba en la bomba de gasolina de otro barrio y solo tenía el número del Calvo, el de los plones, básicamente era pedirle posada al jíbaro del parche, era eso o amanecer arrumada en un poste con un balaço entre ceja y ceja, como se lo clavaron al Calavero.

Borracho precavido vale por dos, y aunque di mi aporte responsable y justo para el chorro, me guardé un par de monedas porque en mi casa nunca se sabía, con la cucha nunca se sabía, con el barrio nada se sabía, y con los últimos doscientos pesos llamé de la Taxaco de Matatigres. Del otro lado una voz que brotaba detrás de cortinas pesadas y chirosas de humo me reconoció: “Flaca, venite, no te quedés en la calle, marica, agarra el colectivo que dice Santa Lucía, Molinos y Gobaroba, te bajás ahí en el CAI de Providencia y en media hora te recojo”. Vea y ahora con qué putas pago el pasaje, mañana pa llegar al colegio cómo, será que el man me mete la mano, será que me tumban un diene mañana, si me saca el reajo de nuevo no voy a alcanzar a ponerme doble pantalón y sentarme será una mierda, en fin, preguntas, preguntas, preguntas, veo venir la miniflota, le estiro el brazo y a la frenada le digo: “Patrón, me acabaron de atraacar y necesito llegar a mi casa, misuchos deben estar preocupados”. Cuando me dejó subir me sentí contenta de la mentira, me salió tan fluidita, tan natural, tan deslizada en la lengua como si tuviera cuchos y como si tuviera casa, me arrellané en el puesto que estaba detrás de la salida y me fui comiendo las uñas, me entró un meo satánico y pensaba que era

mejor mearme en la silla porque bajar me en pleno Marruecos era entregarme virgen y estúpidamente a la muerte.

Esa van culebreaba como un hijueputas por esas calles todas empinadas, deslizándose sin miedo por sus jorobas cundidas de cemento, y en las partes destapadas los saltos que pegaba me subían la vejiga a la garganta. Tan, llegué y tan que el Calvo estaba ahí todo ajisoso a la sombra de un eucalipto que daba a la espalda del CAI, el sitio estaba alumbrado con unas luces de navidad aún en pleno julio y rebobaba los destellos sobre una virgen de cascajos blancos; le dije: “Llae, me voy a mear aquí, dese la vuelta”, y se movió dos pasos, susurró que iba a ventanear para estar pendiente de la tumba aunque se habían ido de ronda. Fue un chorro decidido, directo, largo y vigoroso, sacudí el trasero y me subí las mallas, me dijo que le había agarrado la moncha que si íbamos por cañería —como les decíamos a la rellena y a la morcilla—. “Pero, Calvo, parece, me quedé sin luca”, “Nada, Flaqui, el piquete va por mi cuenta, suelte más bien qué pasó ahora que no le abrieron la puerta”, me agarró los cachetes con una mano, acercó esos ojos eternamente pepos y desgajó un “Uf, pero esta vez sí no se dejó meter los traques, bien ahí”. Comimos y nos fuimos pa una casa a la que se entraba por una escalera de concreto que serpenteaba por fuera del primer piso.

No le vi el menor inconveniente, de ser el caso, a pagar con sexo el favor de la quedada, pero mi yo hormonal ignoraba que el Calvo era mera pluma, un *skinhead* mariposa y antifascista de 17 o 19 años, un amor la gonorreya esa, cuando abrió la puerta de metal me encontré con el parche que me acogería durante seis meses enteros: pelados y peladas de mi edad que por diferentes razones tampoco tenían dónde pasar la noche, y que también venían timbrados con las fotocopias que pegaban en los postes de sus barrios. Esa primera vez

me arrunché con Johanita, una pelada que tenía los ojos como de gata, el papá era un alcohólico irredento que llegaba a darles en la jeta a ella y a la mamá casi todas las noches, luego supe que el cucho se mató bajándose borracho de un bus, ahora Johanita es Johanota y está más buena que el pan; también estaba Ferny que se daba las señoras muñequeras con un medio hermano mayor; también estaba Wilmer, que más que problemas era que en la casa vivían ocho y aprovechaba cada que podía para dormir en el sofá del Calvo, el sofá era de tela con diagonales doradas y vino tinto, era de las pocas cosas que se había traído de Armenia, donde nació y de donde lo sacaron después de un tren de pata que le dieron varios en la cuadra cuando lo pillaron sobándose la verga con otro man bien chirles.

El Calvo nos explicó que su casa era una casa okupa, que eso lo había aprendido de una vuelta vasca y que no sé qué, y unas bandas que tal y trin que defendían eso, solo nos dejaba quedarnos a dormir, para antes de las 7:00 ya todos teníamos que estar afuera porque el man se iba a su trabajo de celador, su turno comenzaba a las 9:00 en un edificio en el norte de Bogotá, Johanita y yo salíamos a eso de las cinco para las casas donde la madrugada encalabraba la rabia de nuestras respectivas familias y al sonido del fogón se mascullaban maldiciones de ojo lagañoso, salíamos luego de un duchazo, si daba el tiempo, a los uniformes y de ahí al colegio. La segunda vez que me dejaron por fuera me quedé dormida en la banca del parque porque esa vez tenía que madrugar a una exposición del colegio y no me alcanzaba el viajadón; la tercera, la cuarta y hasta una octava vez ya fueron allá en el barrio Mirador, en la casa de Edimer Buitrago, más conocido como el Calvo Plones.

En esos meses siguieron apareciendo pelados muertos, la mayoría de ellos habitantes de calle, metaleros, punkos, consumidores de algún tipo de droga,

o simples farreros que llegaban de hacer cosas de gente farra desde otros barrios, las noticias nos rodeaban en la guardida, y el Calvo decía que por él guardaba a todos, el empute lo masticaba solito cuando estaba por allá en Rosales, pero cuando pillábamos nos poníamos los temas para despelucar el miedo: desde Alice Cooper, Dead Kennedys o La Peste. Wilmer se bajó la pelería, yo me quité el *piercing* de la nariz que me había hecho a escondidas y Johanita comenzó a sacarle plata al cucho cuando estaba jeto para comprarnos mecato a todos en la casa.

Torciendo esos días que siguieron hasta hoy el asunto es otro, pasó el tiempo muchos volvimos a la casa, otros se pisaron para otros barrios, ayer mi mamá me llamó a contarme que un tipo de unos treinta años y piola pasó a preguntarme para dejarme una invitación, era el Calvo. Hoy fui a recogerla, abrirá un supermercado en el Tunal y dice que estoy encargada de llevarle una bandeja de cañería solo para los dos, quiero no solo abrazarlo, quiero invitarlo al apartamento al que me fui a vivir sola hace poco, contarle que lo primero que se encuentra en mi casa es un sofá de segunda muy amplio donde me encanta recibir a las amistades, verlas borrachas, recibirles los llantos, limpiarse la grasa de la pizza que casi siempre ponemos, verlos haciendo malabares para armar los bienaventurados bareticos, las más panas incluso tienen copia de las llaves, le diré que el rancho no será okupa, pero que si alguien lo necesita ahí lo voy a recibir con un “Eche pa dentro”, porque de él aprendí a abrir la casa como si la vida dependiera de eso. Porque para nosotros sí fue así. ©

\*Este texto hace parte del libro *Hijas de atmósferas enrarecidas*, próximo a publicarse.

# FESTIVAL DE FILOSOFÍA ENVIGADO 2025

21 al 23 de agosto

Parque Cultural y Ambiental Otraparte



OCIO Y PLACER:  
¿DE ESO TAN BUENO  
SÍ DAN TANTO?



Entrada libre con  
previa inscripción en

[www.comfama.com/festivales/filosofia](http://www.comfama.com/festivales/filosofia)

APOYA:

FILOSOFÍA&CO

UNIVERSIDAD  
EAFIT

UPB  
Universidad Pontificia Bolivariana

UNIVERSIDAD CATÓLICA  
LUISAMIGO

UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
Instituto de Filosofía

LA LIBRERÍA DE  
OTRAPARTE

corporación  
Otraparte

BIBLIOTECA PÚBLICA  
Y PARQUE CULTURAL  
Débora Arango

Parque Cultural y Ambiental  
Otra?arte  
Casa Museo Biblioteca

ORGANIZA:

Alcaldía de Envigado  
Secretaría de Cultura

comfama

Vigilado Superintendencia